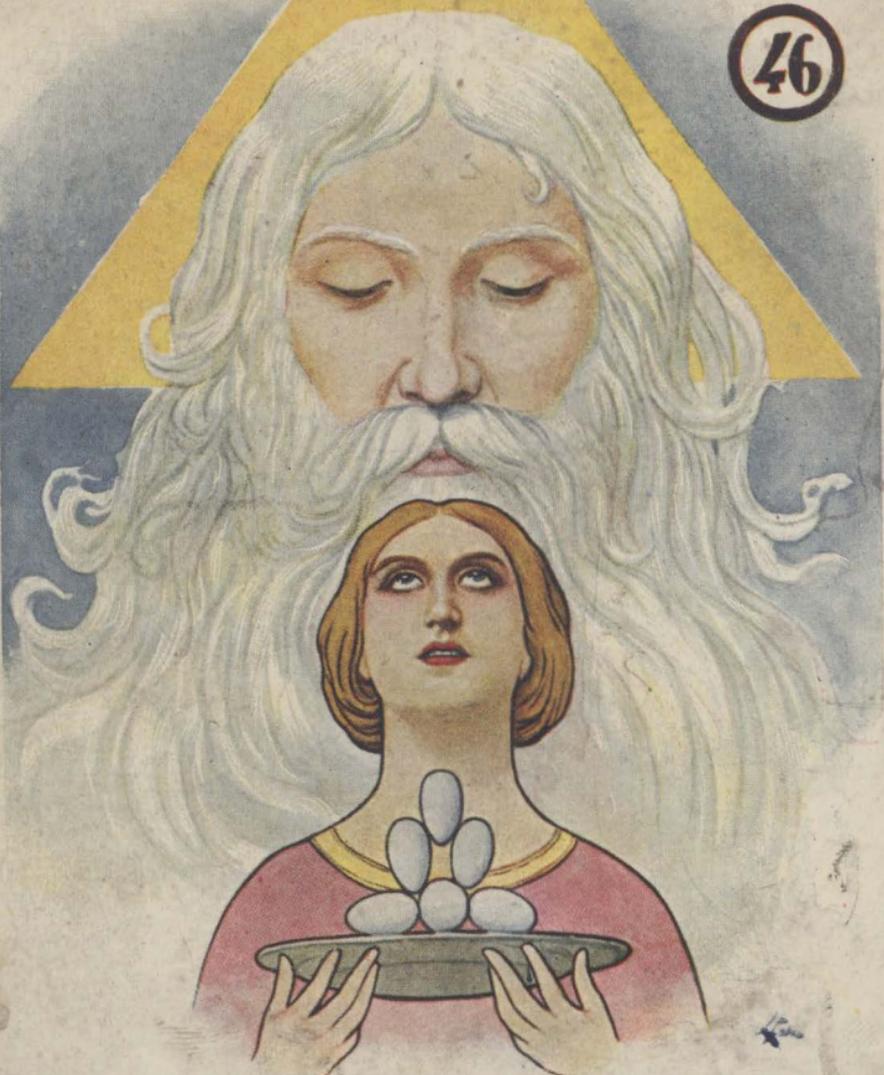


BIBLIOTECA SELECTA  
CRISTOBAL SCHMID

# LOS HUEVOS DE PASCUA

46



RAMON SOPENA EDITOR PROVENZA 93-97 BARCELONA

12 C-1 his  
84



00040647

APROBACION ECLESIASTICA

VICARIATO GENERAL  
DE LA  
DIÓCESIS DE BARCELONA

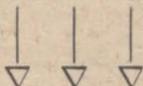
NIHIL OBSTAT  
EL CENSOR,  
AGUSTÍN MAS FOLCH

Barcelona, 21 de Septiembre de 1925  
IMPRIMASE

EL VICARIO GENERAL,  
PASCUAL LLÓPEZ

POR MANDATO DE SU SRÍA.,  
LIC. SALVADOR CARRERAS, Pbro.,  
*Scrio. Canc.*

BIBLIOTECA SELECTA



CRISTÓBAL [SCHMID X

# LOS HUEVOS DE PASCUA

## LA CAPILLA DEL BOSQUE

TRADUCCIÓN DE  
PEDRO PEDRAZA PAEZ

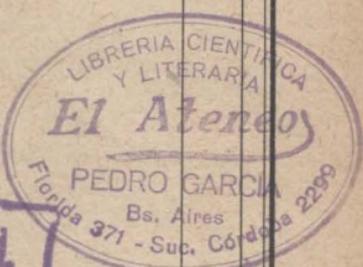
29.150



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

BARCELONA

RAMÓN SOPENA, EDITOR  
PROVENZA, 93 A 97



---

Derechos reservados.

---

# LOS HUEVOS DE PASCUA

---

## I

### LA FAMILIA DESCONOCIDA

Hace mucho tiempo vivían algunas pobres familias en el fondo de un valle profundo y solitario, oculto entre montañas, en cuyas vertientes estaban diseminadas sus humildes cabañas, rodeadas de algunos árboles frutales, como cerezos, manzanos y perales. Algo más lejos alzaban sus frondosas cimas los castaños y los nogales y veíanse también varias parcelas de terreno sembrado de trigo, y alguna que otra vaca o cabra que pastaba entre los riscos. Del medio del bosque salían columnas de negro humo, de los hornos de los carboneros; percibíase el sonido de los esquilonos del ganado y el acompasado ruido de la aceña situada en la parte superior del valle, de donde descendía un arroyuelo cristalino.

Aquellos pobres moradores tenían necesidad de trabajar todo el día si querían ganar con qué vivir bien sobriamente; pero no por esto se tenían por

desgraciados, pues la ociosidad engendra toda clase de vicios, y el trabajo es, por el contrario, el padre de todas las virtudes.

Los carboneros eran buenos y apacibles: la codicia de riquezas no les hacía conocer los males; su vida, pura como el aire de la montaña, purificábala aún más la religión; todos los domingos



iban a una capilla rústica, poco distante de sus cabañas, servida por los religiosos de un convento escondido entre aquellas sierras, para asistir al santo sacrificio y oír la palabra divina.

En un caluroso día de verano, cuando las espigas comenzaban a dorar las sementeras, Marta, muchacha de doce años, que guardaba algunas cabras en aquellos abruptos lugares, divisó a lo lejos unos forasteros que descendían al valle. Cuando

se hubieron acercado algo, distinguió perfectamente una señora vestida con mucha elegancia que caminaba sobre una mula blanca, llevando en sus brazos una niña. Un hombre, ya entrado en años, guiaba la mula por la rienda y daba la otra mano a un niño que parecía muy cansado. Luego que hubieron bajado la pendiente, los forasteros se detuvieron; la señora echó pie a tierra y se sentó al borde de un sendero, y el anciano, a fin de que la mula pudiese descansar, le quitó parte de la carga que llevaba.

Marta corrió velozmente a su cabaña para contar a sus padres lo que había visto.

—¡Oh! es una señora muy hermosa — dijo al concluir— : lleva tapada la cara con un velo blanco como la nieve y fino como una tela de araña; un vestido largo, muy bonito, con ramos de flores tan lindas como las del jardín; su garganta brilla como un rayo del sol, y tiene flores de oro; también el señor que viene con ella está muy bien vestido.

—Pues bien, hija mía — le respondió el padre— ; en lugar de reparar tanto en los vestidos de esos viajeros, debías haberles preguntado si necesitaban alguna cosa.

—No me he atrevido, papá—respondió mirando al suelo y ruborizada de la advertencia paterna—. Y, sin embargo, me parece que tienen hambre y que llevan mucho tiempo de camino, porque la mula se ha puesto como si nunca hubiera probado un pienso.

—Pues eso era lo que debías habernos dicho primero — replicó la madre—. Vamos corriendo; toma ese cántaro de leche; yo llevaré un pan y un queso. Guíame al sitio donde se han detenido esos forasteros.

Marta no esperó que repitiesen la orden; marchó delante de sus padres y pronto se hallaron los tres en presencia de la señora que estaba sentada al pie de unos arbustos, cuya frescura se unía a la del arroyo. La niña que tenía en sus brazos le decía:

—Tengo hambre, mamá — mientras el niño ayudaba a quitar la silla a la mula, que seguía pastando con avidez.

## II

### LA HOSPITALIDAD

El carbonero suplicó a la señora que aceptase lo que podía ofrecerle. Y dándole ésta las gracias con amabilidad, hizo beber a su niña un poco de leche; dió también al niño un pedazo de pan, y sólo cuando vió a sus hijos satisfechos, tomó algo para sí; en cuanto al anciano, comió pan y un poco de queso.

Mientras los viajeros apagaban su sed y su hambre, llegaron muchos de los habitantes del valle, entre los cuales, negros de humo y de carbón, había uno cuyos vestidos estaban blancos como la nieve; era el dueño de la aceña de que hemos hablado. Se decía que era el más rico del lugar, y de todos sus vecinos era, indudablemente, el que tenía más buen juicio y mayor inteligencia. Se acercó a la señora, ofreciósele en nombre de todos los habitantes del valle, si en algo podían serle útiles, y admiró su noble y expresiva belleza y las gracias de su niña.

—¡Dios sea bendito! — exclamó la señora muy conmovida—. Me ofrecéis lo que debo pedir: un asilo para mis hijos y para mí. Tened compasión de nosotros, y, si en estos momentos no me es posible mostraros mi gratitud, Dios os recompensará. La guerra me ha obligado a huir de mi país sin otro amparo que este anciano servidor que me ha visto nacer.

Antes de responder, quiso el molinero consultar a los que allí se habían reunido, conferenció con ellos durante algunos minutos, y en seguida volvió al lado de la dama, diciéndole que iba a acompañarla a una casita donde podría instalarse provisionalmente con su familia.

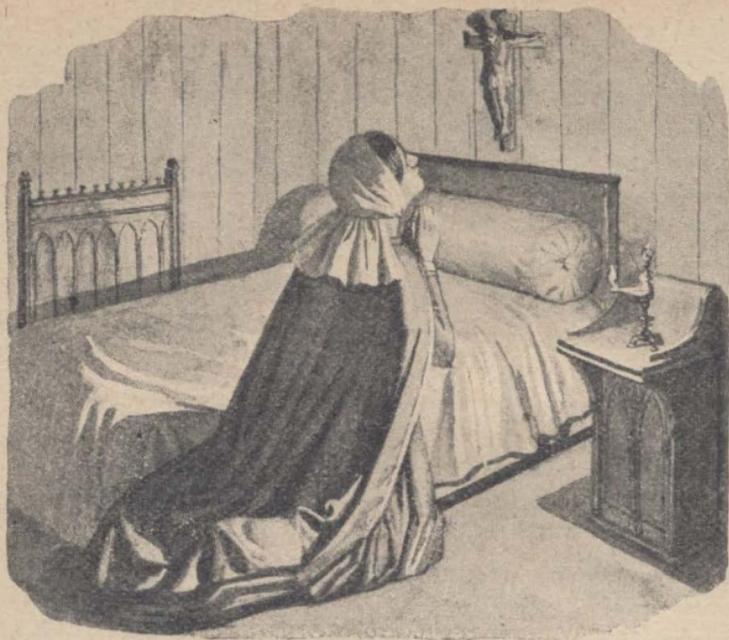
La pequeña caravana se puso en marcha, siguiendo el curso del arroyo hasta llegar al molino, que estaba situado a la orilla izquierda.

Enfrente, sobre la opuesta, había una linda casita, construída casi toda de madera, compuesta de cuatro aposentos. Detrás había un establo y un huerto de regular extensión, plantado de árboles, cuyas frutas comenzaban a estar en sazón.

Visitaron el interior; las cuatro habitaciones estaban amuebladas, con camas, sillas, mesas y cuanto era necesario para una cómoda vida de campo.

Desde las ventanas abarcaba la vista todo el valle, el cual ofrecía un cuadro encantador.

—Esta cabaña, señora — dijo el molinero—, está a vuestra disposición durante todo el tiempo que gustéis permanecer en ella: acabo de hacerla edificar para retirarme aquí dentro de algunos años, cuando ceda el molino a mi hijo. La Providencia os ha traído a este valle en tiempo muy oportuno, pues sólo está habitable desde ayer. Di-



jérase que la he hecho edificar para vos ; espero que no estaréis descontenta.

La señora manifestó su gratitud al molinero, y tomó inmediatamente posesión de la casita, conviniendo con los padres de Marta que guardaría a ésta para su servicio, a fin de que ayudase al anciano en los quehaceres domésticos.

El molinero se apresuró a ofrecer algunos enseres indispensables en tanto que podían procurárselos, y la señora dispuso lo necesario para pasar la primera noche en la hospitalaria casita.

Antes de acostarse postróse de rodillas delante de un crucifijo, toscamente tallado, que estaba suspendido sobre la cabecera de la cama, dió gracias a Dios y a su santísima Madre por haberles librado de los peligros que la rodeaban y ofreciéndole un puerto en lo más recio de la tempestad.

—Gracias os doy también — concluyó diciendo—, Jesús Salvador mío, por todas las privaciones que me habéis hecho conocer desde hace más de diez días ; pues, de lo contrario, me parecería duro habitar en una cabaña después de haber vivido en un palacio. Pero, ¡qué agradable encuentro mi retiro! ¡Qué delicioso me parece el frugal alimento que divido con mis hijos, después de haber carecido de pan para aplacar mi hambre y de un techo donde guarecernos!

Y, absorta en tan piadosos pensamientos, se quedó dormida.

Al siguiente día, muy temprano, salió la noble señora acompañada de sus hijos para admirar el paisaje, pues el cansancio se lo había impedido la víspera.

El cuadro que se ofreció a sus ojos fué sorprendente para ella.

Las cabañas, esparcidas en grupos de dos o tres, estaban sombreadas por añosos árboles ; el arroyo, cuya corriente era muy rápida, llevaba sus plateadas aguas sobre un lecho de arena y de brillantes piedrecillas.

Las cabras, triscando sobre las puntas de las rocas, ramoneaban los retoños del espino albar, y los primeros rayos del sol doraban con su espléndida luz el paisaje cubierto aún con las nieblas de la mañana.

Los niños, Edmundo y Blanca, corrían alegremente por el prado, jugando con las cabras del molinero.

El niño preguntaba por qué la rueda del molino permanecía en el mismo sitio sin adelantar, a pesar de dar vueltas, como hacen las de los carruajes.

La niña no se cansaba de contemplar el agua,

que parecía hervir bajo la rueda, y saltaba convertida en blanco y espumoso polvo, con brillo de diamantes y pedrerías a los reflejos del sol naciente.

Marta y su ama ocupáronse en las faenas de la casa y, poco tiempo después, todo estuvo en orden, y se pensó entonces en preparar el almuerzo.

### III

#### ¿NO HAY AQUÍ GALLINAS?

—Ea, Marta — dijo la señora desconocida a su pequeña criada—, ve a buscar huevos, y procura que sean frescos. ¿A cómo cuestan en este país?

—¿Huevos, señora? — exclamó la muchacha muy sorprendida—. ¿Y qué haréis con ellos?

—Cocerlos en esta agua que está ya hirviendo.

—¡Ah! ¡yo no sabía que se comían los huevos de los pajaritos! Indudablemente, en el país de donde venís, habrá gentes que se ocupen en irlos a buscar al bosque; pero aquí no hay quien se cuide de eso. Si queréis que yo misma vaya, lo haré con mucho gusto, pero temo que me cueste mucho tiempo hallar un nido.

—No son huevos de pájaro lo que te pido, sino de gallina; uno solo de ellos vale más que tres docenas de los otros.

—Pues, la verdad, señora, los huevos más grandes que he visto en mi vida son los de palomas torcaces; no sé lo que es una gallina, y creo que en todo el valle y aun en la aldea adonde van a vender el carbón, nadie conoce ese pájaro.

—¿De manera que no hay aquí gallinas?

Parecerá inconcebible que ni los habitantes del valle ni de la aldea supieran que abundan tanto las gallinas en todas partes; pero, en la época en que se desarrolló esta historia, eran tan raras en ciertas comarcas como lo son hoy los pavos reales en algunos países.

La señora tuvo que contentarse por el momento con las legumbres que le suministró el molinero, y no tardó en hacerse cargo de que le sería muy difícil procurarse carne y pescado; los carboneros sólo comían vegetales, leche, queso y frutas, y no era posible encontrar otros alimentos en el valle: se hallaba, por tanto, muy confusa, sin saber cómo se las arreglaría para que sus niños no echasen mucho de menos las comidas a que estaban acostumbrados y le apenaba profundamente no tener un pequeño corral.

—¡Dios mío! ¡cómo nos enseña la desgracia a conocer vuestros beneficios! Cuando nadaba en la abundancia, cuando sólo tenía necesidad de formular un deseo para verlo cumplido, ignoraba que fuese cosa tan preciosa una gallina y sus huevos. Ahora no podré olvidarlo jamás.

Kuno, el anciano servidor, había salido, al romper el alba, con la mula, para ir a buscar en un pueblo lejano muchos objetos necesarios que no eran conocidos aún en el valle, y volvió al día siguiente con la mula cargada de utensilios, de provisiones para la casa, y de semillas para el huerto.

Más tarde hizo viajes que duraron a veces más de una semana.

Cada vez que volvía celebraba largas y secretas conferencias con su señora, y, sin duda, le comunicaba funestas noticias, porque mostrábase mu-

cho más afligida que de costumbre, en los días siguientes al regreso de su criado.

Los que notaban este cambio hubieran querido saber el motivo de los pesares de la señora, el nombre de ésta, quién era y de dónde venía.

Los campesinos son siempre algo curiosos; pero ninguno se atrevía, sin embargo, a hacer sobre el particular preguntas indiscretas.

Finalmente, uno que era más listo que sus com-



pañeros, se hizo amigo del niño Edmundo, fué muy amable y complaciente con él, lo llevó a pasear al bosque, y acabó por preguntarle un día, en confianza, cómo se llamaba la señora.

Nuestro hombrecito, con aire misterioso, se acercó al oído del curioso, y le dijo en voz muy baja :

—Se llama... mi mamita.

Esta lección bastó para que ningún otro intentase en lo sucesivo averiguar el secreto de la forastera, y aquellas buenas gentes se resignaron sin esfuerzo ni pesadumbre a dejar al tiempo lo que sólo él debía dar a conocer.

#### IV

¡ GRACIAS A DIOS ! YA HAY GALLINAS

Los niños experimentaban una inmensa alegría cuando el viejo Kuno volvía de sus excursiones, porque rara vez dejaba de traerles juguetes o chucherías.

Un día, mientras los carboneros estaban en su trabajo, observaron los chicos que traía la mula cargada con una grande caja hecha de mimbres cubierta con un lienzo; corrieron hacia él y le preguntaron qué traía en ella; pero el fiel servidor se hizo primero el sordo, y luego dijo que, en llegando a casa, lo verían.

En el camino, aumentó de tal modo el número de chiquillos, que antes de llegar a la puerta de su ama seguían a Kuno todos los muchachos que había en el valle.

La señora salió al encuentro de su criado con grandes demostraciones de júbilo.

—¡ Al fin tengo lo que tanto deseaba ! — exclamó.

Kuno desató la caja y la puso en tierra con mucho cuidado, ayudado por Edmundo; luego levantó por un lado la cubierta de lienzo y abrió una puertecilla.

Los muchachos se habían acercado para ver mejor lo que sacaba de la caja : los mayores retrocedieron y los más pequeños salieron corriendo despavoridos al ver salir un hermoso gallo que empezó a andar con orgullo y majestad.

— ¡ Ah ! ¡ qué pájaro tan grande ! — exclamaron los que habían quedado.

— ¡ Qué hermoso es ! — añadió el primero que se atrevió a mirarlo de cerca— ; ¡ qué ojos tan vivos tiene ! y ¡ qué plumas tan bonitas ! La corona que tiene en la cabeza es más encarnada que las amapolas que nacen entre el trigo. Mirad qué colores pardo, azul y amarillo se ven en su cola, que parece una hoz.

Después del gallo salieron ocho hermosas gallinas : las había blancas moñudas, negras, con la cresta encarnada como la del gallo, doradas y pardas.

Los chiquillos daban gritos de gozo, y preguntaban a la señora qué pájaros eran aquellos y para qué servían, y la señora satisfizo sus preguntas ; pero les costaba trabajo comprender que se pudiera criar y alimentar aquellos pájaros como ellos sus cabras.

Creían que el gallo y las gallinas se escaparían volando como los cuervos que ellos veían algunas veces cruzar por los aires. Finalmente, no podían concebir que los huevos valieran la pena de comerse.

La señora tomó un puñado de maíz y lo arrojó a las pobres aves, que se pusieron a picotear ávidamente la tierra para coger los granos uno a uno.

Las más hambrientas acabaron por disputar a las otras lo que quedaba, y esto divirtió sobremanera a los muchachos.

Pero, cuando el gallo abrió sus alas y dejó oír



...los más pequeños salieron corriendo despavoridos  
al ver salir un hermoso gallo... (Pág. 16.)



su sonoro canto, fué otra cosa, todos se echaron a reír, y quisieron imitar su *cocorocó*.

Al fin, se marcharon cada cual a su casa, y aquel día se oyeron a cada instante y en todas direcciones tantos *cocorocó* como chicos había.

Cuando refirieron a sus padres que el viejo Kuno había traído unos pájaros muy raros, todos corrieron a casa de la señora para verlos, y les parecieron más raros de lo que se habían imaginado.

—Son verdaderamente muy hermosos estos pájaros — dijo el molinero — ; y, además, diríase que saben que les van a dar de comer, pues no se separan de la casa. El gallo tiene aspecto de ser el rey o jefe de la familia ; si encuentra algo apetitoso llama a las gallinas y se lo da, si ve que ellas quieren reír, interviene y las pone en paz.

Aquel mismo día comenzaron a poner las gallinas, y algún tiempo después empolló una de las negras.

La señora encargó a Marta que no se descuidase de llevarle de comer a su nido con la mayor exactitud.

—Porque — le decía — la gallina se dejará morir de hambre antes que abandonar los huevos para salir a comer.

El día en que los pollos debían romper el cascarón, la dama invitó a muchos de sus vecinos para que trajesen a sus hijos a presenciar una cosa tan curiosa ; les enseñó los polluelos que empezaban a salir del cascarón ; poco a poco se escaparon de su cárcel, y cuando todos estuvieron en libertad, la gallina saltó del nido, y todos los hijuelos, cubiertos de una pelusa fina, la rodearon y siguieron, levantando sus cabezas, en las que brillaban dos ojos tan negros como pequeños.

Cuando se separaban un poco, la madre los lla-

maba, y ellos acudían apresuradamente, respondiendo a la voz de aquélla con sus *pios*.

—Mirad — decía la señora a los chicos y chicas—, esos polluelos os dan un buen ejemplo: escuchan la voz de su madre y obedecen a la menor señal que les hace.

Un chiquillo más travieso y curioso que los otros, quiso ver de cerca los pollos y tomó uno: el animalito se puso a piar lastimeramente llamando a su madre, y ésta acudió presurosa, se lanzó a la cara del temerario, y le habría sacado los ojos de no haber echado a correr dejando el pollo con más presteza que le tomó.

—¡Hola, hola! — exclamó el molinero—; ¡ésta es una lección para las madres de familia! ¡Mirad cómo las gallinas, tímidas por naturaleza, son valientes cuando se trata de defender a sus hijos!

La clueca se puso luego a escarbar y encontró un gusano.

—Ahora se lo comerá — dijo una niña.

Pero, en vez de regalarse con el gusano, la gallina llamó a sus polluelos, lo dividió en trozos con su pico y, sin tomar la más pequeña parte para ella, lo entregó a su menuda familia, que lo devoró en el momento.

—¡Eso sí que es extraño! — exclamó el molinero—; ¡esta gallina, que era la más voraz de todas, se olvida de su hambre para dejarlo a sus polluelos!

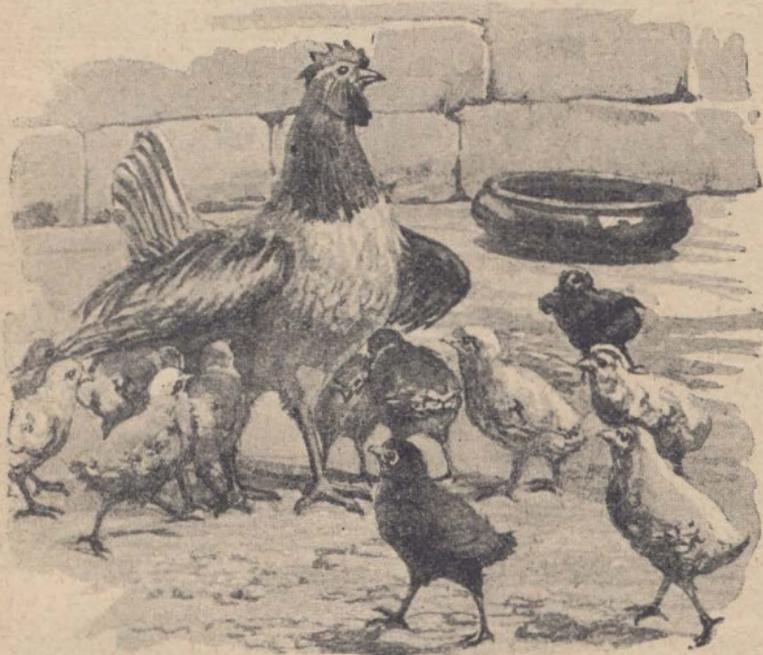
De improviso se oyó a la gallina cacarear; los polluelos acudieron corriendo, y ella, extendiendo sus alas, los ocultó a todos debajo.

La clueca seguía cacareando y mirando al aire.

—¿Qué tiene? — preguntaron a la señora, la cual tampoco sabía a qué atribuir el terror de la pobre madre.

Pasados algunos minutos de incertidumbre, el molinero hizo notar un punto negro que se divisaba en lo alto del cielo, que se iba agrandando a medida que se acercaba a la tierra y tomaba la forma de un pájaro grande.

—Indudablemente es un ave de rapiña — dijo la señora — ; la gallina la ha visto antes que nos-



...extendiendo sus alas los ocultó a todos debajo. (Pág. 18).

otros, y ha querido poner sus hijuelos al abrigo de las garras de un cruel enemigo.

—¡Qué instinto tan admirable! — exclamó, admirado, uno de los carboneros — ; me precio de tener mejor vista que todos los habitantes del valle y, sin embargo, la gallina ha descubierto ese gavián antes que yo.

Espantaron al cruel pájaro y entonces salieron los polluelos de debajo de las alas de su madre y volvieron a correr alegremente.

Cuando la noche se acercó, la gallina se retiró a su nido, y sus pollitos colocáronse debajo de sus alas para dormir.

Durante un buen rato se les vió pasar sus cabe-citas por entre las plumas de su madre, como un niño revoltosó que no quiere estar quietecito en la cama cuando lo acuestan, y se descubre o entreabre las cortinas de su cama; pero, al fin, cesó aquel movimiento, y toda la familia se durmió.

Los habitantes del valle no se cansaban de contar todas aquellas maravillas.

—Es sorprendente — decía uno — que esas aves nazcan con los ojos abiertos, y corran y busquen su comida desde el momento que nacen.

—Pero, vecino — le respondía otro —, reflexionad que son quince: si nacieran ciegos e incapaces de moverse como los otros pájaros, la pobre madre, que es la única que los cuida, no podría alimentarlos a todos. La divina Providencia los socorre.

—Pero es — añadió el molinero — que, además de tener buenos ojos para ver y fuertes piernas para correr, son obedientes, única manera de que la madre pueda criar y defender a una familia tan numerosa. En verdad, cuando más se piensa en ello, más se manifiesta la sabiduría y previsión del Criador hasta en las cosas más pequeñas; y en cada detalle de sus obras se descubren nuevas razones para admirar su providencia.

—Amigos míos — intervino la señora —, permitidme añadir una palabra: lo que Dios ha hecho por los animales es nada en comparación de lo que le deben los hombres; nuestra gratitud por los

beneficios de que nos colma debe ser infinita como es su bondad para con nosotros.

Todos asintieron a estas palabras, y cada cual se retiró, llevando en su corazón este piadoso pensamiento.

## V

## YA HAY HUEVOS EN ABUNDANCIA

Desde su llegada al valle, la señora forastera no tuvo jamás motivo de queja de los habitantes del valle, muy al contrario, pues todos estaban siempre dispuestos a ayudar al viejo Kuno en los trabajos que la edad le hacía penosos, como, por ejemplo, cortar leña en el bosque, puesto que se acercaba el invierno, llevarla a la casa, sacar el agua, etc.

Si alguno cazaba un buen conejo o pescaba un buen pez, apresurábase a ofrecerlo a la señora, y sólo a fuerza de ruegos insistentes aceptaba su valor. Así, pues, deseaba, desde mucho tiempo, dar una prueba de su gratitud.

Sabiendo que no podía hacer a las familias del valle mejor regalo que el de proporcionarles gallinas, tuvo tal cuidado con las polladas, que hacia mediados del otoño tenía mayor número de gallinas y de gallos de los que necesitaba, y una gran cantidad de huevos.

Un domingo convidó a las madres de familia a desayunarse con ella antes de ir a misa.

Todas aceptaron contentísimas el convite.

El viejo Kuno había puesto una mesa debajo del

emparrado, y en derredor de ella se sentaron las invitadas.

Marta trajo un gran cesto lleno de huevos blancos como si fueran de porcelana; las mujeres se quedaron sorprendidas al ver tanta cantidad de huevos, tan hermosos al parecer.

—Mis queridas vecinas — dijo la señora—; voy a enseñaros todo el partido que se puede sacar de los huevos: ante todo, ved cómo son antes de estar cocidos.

Rompió entonces uno, dentro de un plato, para que vieran que se componía de una especie de bola amarilla, que nadaba en un licor transparente y glutinoso; les dijo que la bolita se llamaba la *yema*, y el licor la *clara*.

Había junto a la mesa un hornillo lleno de carbones encendidos, y sobre él una olla con agua hirviendo.

La señora tomó tantos huevos como personas había, y los echó a cocer en el agua, retirándolos de ella al cabo de cierto tiempo.

Luego enseñó a sus convidadas la manera de abrir los huevos, de sazonarlos con un poco de sal, e, imitando a la huéspedea, todas mojaron en el que se les había dado las tiritas de pan que Marta trajo en un plato.

Aquel alimento tan sencillo les pareció delicioso.

—Verdaderamente — dijo una de las campesinas—, los huevos son tan fáciles de preparar como agradables al gusto; he calculado el tiempo que han estado en el agua, y ahora los haría cocer sin temor a engañarme.

—¿Cómo, vecina? ¿de qué modo? — preguntó otra.

—Cuando la señora los puso en el agua, empecé a contar con los dedos, y al sacarlos del agua

había llegado a trescientos. Ya veis que no es fácil equivocarse.

—Es un medio ingenioso, y debéis ponerlo en práctica, vecinas. Ahora os enseñaré otro medio más sencillo de preparar los huevos.

Puso sobre el fuego una cazuela de barro y en ella una poca de manteca. Cuando ésta estuvo derretida y caliente, la señora rompió varios huevos en un plato y los vertió luego en la manteca.

El licor transparente tardó poco en ponerse sólido y blanco como la leche, la bola amarilla aplanóse un poco y quedóse en el centro.

Las campesinas estaban admiradas.

—Mirad — exclamó la que había hallado el medio de calcular el tiempo que se empleaba en cocer los huevos pasados por agua—, mirad la yema cómo está rodeada por la clara; ¿verdad que parece una de las margaritas que nacen en el campo?

Probaron los huevos fritos, y los hallaron de un gusto diferente, pero tan sabrosos como los pasados por agua.

La señora les enseñó la manera de partir los huevos, de sazonarlos, de batirlos, en una palabra, de hacer *una tortilla*; y, así preparados, no gustaron menos que los anteriores.

Las campesinas aprendieron igualmente que la yema y la clara pueden emplearse, juntas o separadas, para hacer salsas y golosinas.

Por último, Marta trajo una ensalada, y el viejo Kuno un plato de huevos.

En el momento de ponerlos sobre la mesa, el jovial servidor fingió dar un traspies y dejó caer los huevos; las carboneras lanzaron un grito creyendo todos los huevos rotos y perdidos; pero estaban duros, y el anciano los recogió y los colocó de nuevo en el plato.



...el jovial servidor fingió dar un traspies y dejó caer los huevos... (Pág. 23.)

La señora los despojó de la cáscara, los cortó en ruedecitas, y los puso sobre la ensalada, que no fué menos saboreada que lo demás.

Terminado el desayuno, las mujeres de los carboneros contemplaron el gallo y las gallinas que la señora les destinaba.

—¡Qué alegría! — decían luego a sus maridos y a sus hijos—; ¡dentro de poco podremos comer muchas veces huevos a la semana! La señora nos ha dicho que la gallina suele poner de doce a quince cada mes.

La experiencia las hizo estar contentas con su nueva adquisición.

—Estas aves — decían — son el don más pre-

cioso que Dios ha hecho al hombre : fácil es comprender que han sido criadas para que vivan con nosotros, pues están constantemente en casa o se alejan muy poco ; al anochecer, sin que sea preciso buscarlas, ya esperan a la puerta o a la ventana a que se les deje entrar. Y no sólo son muy útiles, sino que nada cuesta el alimentarlas : ni ocasionan gasto ni dan molestias. Echaduras, desperdicios de las verduras y legumbres, todo lo que se arroja al muladar, es bueno para alimentarlas. Más aún : de la mañana a la noche escarban sin cesar en derredor de la casa buscando qué comer ; y así, infinidad de granos que se perdían al tiempo de la cosecha, los aprovechan las gallinas en beneficio nuestro, y nos dan huevos en cambio. La viuda más pobre puede alimentar una gallina, y el huevo que de ella recibe cada mañana es, en su desgracia, una limosna diaria. Tampoco se debe temer que se pierdan los huevos porque, en cuanto la gallina los pone, advierte de ello a su ama con su alegre cacareo.

Los padres de familia, por su parte, no estaban menos contentos de la vigilancia de los gallos, cuyo agudo canto servía de despertador a los perezosos y de estímulo a los que gustaba empezar temprano el trabajo.

—Cuando voy a trabajar al amanecer — exclamaba uno de los carboneros — y oigo cantar el gallo, se me alegra el corazón : me parece que esta ave elogia mi diligencia, y que me estimula a emprender mi faena.

—Y yo — añadió otro—, cuando le oigo estando en la cama, se me figura que me llama perezoso, y me levanto a escape con propósito de no recibir al siguiente día la misma reprimenda.

La generosidad de la señora forastera produjo,

pues, excelentes efectos: suministró a los habitantes del valle un alimento de que carecían y excitó en ellos el amor al trabajo.

## VI

### LOS HUEVOS DE PASCUA

Pasó el otoño y vino el invierno, que fué largo y riguroso en aquellos parajes.

Las pobres cabañas permanecieron como sepultadas bajo la nieve durante muchos meses, y sólo se distinguían la parte superior de los techos y las puntas de las chimeneas sobre aquel tupido y blanco velo esparcido por encima de la naturaleza entera.

No se veía un palmo de tierra desde el fondo del valle hasta la cúspide de las colinas.

La rueda del molino no hacía oír ya su acompasado ruido; las cascadas permanecían mudas, suspendidas en las puntas de las rocas; cesaron las tareas y las diversiones campestres, apenas era posible reunirse en aquella estación triste y enemiga del hombre.

La señora y sus hijos sufrieron lo indecible a causa del frío, porque no estaban acostumbrados a un clima tan riguroso; sin embargo, se habituaron poco a poco, y, a los dos meses, desafiaban las nieves como los naturales de aquel valle.

A fines de febrero disminuyó el frío, y la nieve comenzó a derretirse; vino marzo y con él las primeras violetas; luego las otras flores en abril.

Los muchachos de la aldea recorrían el bosque, los prados y las montañas para buscar en ellos flores tempranas y hacer ramos para regalarlos a Edmundo y a Blanca.

Y cuando llegó completamente la época de las flores, los chiquillos, siempre complacientes, tejieron frescas guirnaldas y fueron a ofrecerlas a



la señora, que agradeció, conmovida, su atención.

—Yo quisiera manifestar mi gratitud a estos niños — dijo un día a Marta y a Kuno — y hacerles un regalo el día de Pascua; es un día hermoso para todos los cristianos, y conviene que los niños aprendan a verlo llegar gozosos. Por desgracia, no sé qué podría ofrecerles que les sea agradable; los árboles frutales están todavía desprovistos de hojas y casi hemos agotado nuestras provisiones de

manzanas y nueces ; no tenemos otra cosa que los huevos que hemos reunido durante la cuaresma.

En aquel tiempo no era aún permitido comer huevos en los días de abstinencia.

—Sabéis hacer, señora, platos tan exquisitos con los huevos — dijo Kuno—, que bien podéis regalarlos con ellos.

—No es eso lo que me preocupa, sino que desearía darles algo que se llevasen.

—Les daremos huevos duros, señora ; en sus casas no los pueden comer todavía con frecuencia, y, además, están privados de ellos desde el miércoles de Ceniza.

—Tienes razón ; así se irán tan contentos llevando en sus bolsillos huevos, como si se los llenáramos de manzanas, cerezas o ciruelas.

—Pero hay un inconveniente — añadió el fiel criado— : los huevos no tienen los colores vivos y variados de esas frutas, y yo creo que sería eso lo que más les agradaría.

—Esa idea es muy feliz, Kuno — respondió la señora— ; los huevos agradarán más a los niños si son de color ; voy a probar si consigo teñirlos.

La señora, que era muy instruída, había ensayado ya el servirse, para el tinte, de algunas raíces y de diversas tierras del país ; conocía prácticamente los ocres rojos y amarillos y había recogido en su tiempo hierba pastel y otras plantas. Hizo, pues, hervir huevos hasta que estuviesen duros, y los tiñó de diversos colores, procurando que algunos estuviesen matizados de diferentes colores, y, para lograrlo, los envolvió en una hoja verde antes de sumergirlos en el tinte. Finalmente, conservó otros completamente blancos y escribió en ellos una máxima en caracteres bien legibles.

El molinero, que era el vecino más inmediato,

fué informado de lo que se trataba, y el buen hombre admiraba aquella manera ingeniosa de dar valor a los más pequeños regalos.

—En esto hacéis como Dios, señora, que no se contenta con dar a sus hijos frutos deliciosos, sino que los adorna con los más bellos colores. ¿Qué hay más hermoso que un melocotón matizado, una pera amarilla como el oro, o un cesto de cerezas purpurinas o de ciruelas moradas? Lo mismo hacéis vos; dais a los niños huevos agradables al paladar, y adornados de manera que recrean la vista; los hay encarnados, blancos, amarillos y de todos colores.

—¿Y las máximas? — dijo el anciano servidor.

—Esas valen más que todo — replicó el molinero—; son la moral cristiana en compendio.

Todos los niños del valle habían sido convidados para el día de Pascua de Resurrección, después de misa.

Esta fiesta solemne que, como se sabe, es movable, se celebraba aquel año hacia fines de abril; hacía, por lo tanto, un mes que la primavera ejercía su benéfica influencia.

El sol esparcía su dulce calor en toda la comarca; el cielo estaba despejado; los pájaros preparaban sus nidos y celebraban con sus cantos la vuelta del buen tiempo. Una hierba muy fina y vistosas flores tapizaban la montaña; los árboles se revestían de tiernas hojas, o se cubrían de corolas blancas y rosadas; todo, en fin, parecía renacer a la vida, despojándose de la funeral mortaja en que el invierno lo había envuelto, para celebrar la resurrección del Salvador.

La señora, sus hijos y sus criados fueron a la capilla.

Allí Kuno y su ama, arrodillados uno al lado

del otro ante la santa mesa, recibieron el pan de los ángeles, mientras Marta y los dos niños oraban fervorosamente suplicando al Señor los hiciese dignos de participar pronto del celestial banquete.

Después de haber cumplido sus deberes para con Dios, toda la familia se encaminó de nuevo a la casita.

Poco tardaron en llegar todos los niños del valle,



los cuales se pusieron a jugar con Edmundo y Blanca en tanto que les preparaban el almuerzo.

Cuando todo estuvo dispuesto, el bullicioso enjambre fué introducido en el jardín, donde habían colocado la mesa.

Les sirvieron primero una sabrosa tortilla con chicharrones; plato substancioso y muy a propó-

sito para interrumpir el ayuno de la cuaresma ; luego, les presentaron una fuente llena de huevos moles y azucarados, de que cada cual comió una buena porción.

Cuando todos hubieron calmado un poco el apetito, la señora les refirió la tierna historia de la *Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*, y su resurrección el día de Pascua, y les propuso luego que fueran a pasear un ratito al bosque inmediato hasta que les llamase Kuno, y allí se dirigieron alegremente.

Cuando hubieron llegado, les propuso la señora que cortasen musgo, ramitas y alguna hierba, y que construyese cada uno un nido como el de los pájaros.

Los chiquillos pusieron inmediatamente manos a la obra, que quedó terminada en poco tiempo.

Entonces les dijo la señora que cada cual marcara el suyo y los colocasen todos en línea.

Volvieron después al jardín y la turba infantil prorrumpió en gritos de júbilo al ver sobre la mesa un hermoso pastel, queso en un plato y varios cestos de frutas secas ; comieron de nuevo, y terminaron entonando algunos cánticos.

Entretanto, Marta se había internado en el bosque, sin ser vista, y colocó en cada nido alguna cosa de las que llevaba en un canasto debajo del brazo.

Cuando la señora la volvió a ver, dijo :

—Vamos al bosque, hijos míos, a ver si algún pájaro ha puesto en vuestros nidos.

Los chiquillos rieron la ocurrencia, pero no por eso dejaron de hacer lo que se les decía.

El primero que fijó los ojos en su nido, exclamó con la mayor sorpresa, y con el acento de una ingenua alegría :

—¡Oh! ¡hay seis huevos en mi nido! Cinco amarillos y uno blanco.

El segundo :

—Pues mira los míos : uno, dos, tres, cuatro, cinco... seis también : ¡y son encarnados como cerezas!

Un tercero :

—¿Y los míos? ¡son azules como el cielo!

Otro :

—Sí, pero los míos son de diferentes colores.

Cada niño tenía en su nido cinco huevos de un color, y el sexto blanco con una máxima escrita.

—¿Qué pájaro será el que pone estos huevos tan bonitos? — preguntó uno de los muchachos.

—Debe tener un plumaje precioso — añadió una de las niñas.

—No — dijo Edmundo, riendo—, acabo de ver ahora una liebre que huía ; sin duda es ella la que ha puesto los huevos encarnados.

—¡Bah! — exclamaron todos los chicos, riendo también a carcajadas— : ¡*La liebre pone los huevos encarnados!*

Aquel chiste fué referido en el valle, se extendió de allí a otros puntos, y hoy se repite en muchas provincias.

La señora gozaba sobremanera con el alborozo de sus pequeños convidados, y les proporcionó un nuevo placer sugiriéndoles la idea de hacer cambios entre sí : de esta manera cada uno tuvo cinco huevos de color diferente además del blanco con la sentencia.

---



Los niños se pusieron de rodillas y repitieron las palabras de la señora. (Pág. 33.)



## VII

### LAS MÁXIMAS

Edmundo, que leía ya con bastante soltura, quiso descifrar lo que estaba escrito en su huevo blanco, y, al cabo de unos momentos, leyó :

«Debemos ayudarnos unos a otros ; así lo exige la naturaleza.»

Los demás niños se quedaron boquiabiertos, porque, en aquellos tiempos, eran raras las personas que sabían leer : sólo había escuelas en las grandes ciudades, y no todos eran admitidos en ellas.

En el valle no había uno siquiera de sus habitantes que conociera las letras.

Uno de los niños se dirigió a la señora y le rogó leyese su máxima ; los otros acudieron también y rodearon a la dama, la cual leyó estas palabras :

«Dios es quien nos proporciona el alimento ; no olvidemos darle gracias por ello.»

—Esta sentencia os recuerda, amiguitos — añadió—, que habéis faltado en alguna cosa.

—Sí, señora — respondió el mayor de ellos— ; en nuestra alegría nos hemos olvidado de dar gracias a Dios por los manjares que nos ha regalado.

—Todavía es tiempo — replicó la señora— ; arrodillaos y repetid las palabras que yo iré diciendo.

Los niños se pusieron de rodillas y repitieron las palabras de la señora.

Luego, todos los niños quisieron que se les le-  
HUEVOS.—3



Uno de los niños se dirigió a la señora y le rogó leyese su máxima... (Pág. 33.)

yesen las máximas escritas en los huevos blancos.

Eran las siguientes :

1.—Amad a Dios ; ésta es la única cosa necesaria.

2.—Huid del pecado, porque nada hay oculto a los ojos de Dios.

3.—Dios es quien nos proporciona el alimento ; no olvidemos darle gracias por ello.

4.—Un corazón agradecido se eleva hasta el Cielo.

5.—Confiad en Dios, porque El no nos desampara en nuestras necesidades.

6.—Separarse de Dios es correr a la muerte.

7.—Si amáis a Jesús, seguid sus enseñanzas.

8.—Trabajad y orad si queréis ser sabios.

9.—Sed buenos y puros, porque éstos son los principales bienes.

10.—Dichoso el niño bien nacido que sólo sabe obedecer.

11.—El orgullo es causa de perdición; por él cayeron los ángeles.

12.—Un corazón sencillo es fuente de vida para el hombre.

13.—Cuando te ruborizas, niño, es porque Dios te advierte.

14.—La pureza de corazón brilla en el rostro.

15.—No hay traje más rico que la modestia y el pudor.

16.—El embustero no es creído ni aun diciendo la verdad.

17.—La baja hipocresía es un veneno mortal.

18.—El pan bien ganado da lozanía al rostro.

19.—Los excesos producen hastío y pena.

20.—El perezoso se duerme en los brazos del hambre.

21.—Quién vive sólo para sí es indigno de vivir.

22.—A veces tenemos necesidad de quien es inferior a nosotros.

23.—Cuando dáis, da Dios por vuestras manos.

24.—Dios escucha siempre los ruegos del justo.

25.—La bondad gana los corazones mucho mejor que el oro.

26.—El lecho más blando es una conciencia tranquila.

27.—Obra bien y tu corazón se llenará de júbilo.

28.—No desprecies al pobre, porque es poderoso en el Cielo.

29.—El placer pasa pronto; sólo la virtud es eterna.

30.—Una inmarcesible corona está reservada al justo en el Cielo.

Cuando concluyó de leer todas las máximas, la señora hizo que cada niño la aprendiese de memoria, comprendiese y recitase la suya, en cuya tarea le ayudaron Edmundo, Blanca y el anciano Kuno.

—Ahora, amiguitos míos, debéis transmitirlo lo que acabáis de aprender; esto lo conseguiréis con un poco de paciencia, enseñando cada uno a sus camaradas su máxima, y, de este modo, en poco tiempo las sabréis todas, cumpliendo con el precepto que dice: «Debemos ayudarnos unos a otros: así lo exige la naturaleza.»

En aquel momento llegaron la mayor parte de los habitantes del valle, que venían para asistir a los juegos de sus hijos.

Los niños corrieron al encuentro de sus padres y les recitaron las máximas que acababan de aprender; pero, como aquéllos deseaban oír las todas, la señora llamó por turno a cada uno de los niños y se las hizo recitar en alta voz, lo cual ejecutaron algunos con bastante soltura.

—Señora — exclamó el molinero—, habéis enseñado a estos niños en dos horas lo que ellos no habrían aprendido en seis meses; cada uno sabe una máxima y, en poco tiempo, las sabrán todas; entonces tendrán en la memoria una regla segura de conducta y no pecarán por ignorancia. ¡Qué beneficio tan grande habéis hecho a todo el valle!

La señora sonrió y admiró, aunque sin decir una palabra, el buen sentido de aquel hombre, cuyas previsiones no tardaron en realizarse.

Un mes después los niños más pequeños del valle se habrían avergonzado de no saber de memoria todas las máximas de la señora forastera;

los padres las aprendieron también a fuerza de oír las, y cuando tenían que reprender alguna falta a sus hijos, hacíanlo recordándole la sentencia que tenía relación con la falta cometida.

El padre o la madre no tenía más que pronunciar las primeras palabras de la máxima: el niño la terminaba y hacía inmediatamente lo que era justo.

Se trataba, por ejemplo, del pecado de pereza, y el padre decía con tono severo: *El perezoso...* y el niño añadía: *se duerme en los brazos del hambre*, y corría a trabajar.

Si había que reprenderle por una mentira, la madre le decía: *El embustero no es creído...* y el niño añadía: *ni aun diciendo la verdad*, y confesaba la que había querido ocultar.

Ocurrió que uno de ellos, a despecho de todas las máximas que sabía no se portaba mejor; a ése le recordaban otra sentencia que la señora había enseñado al padre de otro muchacho que tenía muy buena memoria, pero que no procuraba corregirse de sus faltas.

«*Hablar bien y saber mucho nada vale si obras mal.*»

Estas lecciones produjeron sus frutos, pues los niños del valle se distinguían por su prudencia y su moralidad: la semilla había caído en buena tierra.

---

## VIII

### DOS HUEVOS QUE VALEN MÁS ORO QUE PESAN

Mientras los niños recitaban en alta voz las máximas que les habían enseñado, la señora advirtió que se había mezclado entre los espectadores un joven forastero de quince o diez y seis años, y a quien nadie conocía al parecer.

Vestía con sencillez, sus maneras eran amables, parecía estar muy triste, y sus hermosos cabellos rubios, cayéndole sobre la espalda, aumentaban la dulzura de su fisonomía.

Cuando todos se hubieron retirado, la señora, acercándose al muchacho, le preguntó si necesitaba alguna cosa, y cómo era que se encontraba en aquel paraje retirado.

—Voy de camino, señora — respondió el interpelado—; atravesaba estas montañas y temo haberme extraviado. Las risas y voces de alegría de todos estos niños, me han atraído a este sitio, y me he detenido contemplando durante algunos momentos a seres afortunados, a fin de distraer el pensamiento de mis infortunios.

—¿Qué desventura os aflige siendo tan joven?

—La mayor de todas: he perdido a mi padre. Era un pobre picapedrero, cuyo trabajo bastaba apenas para sustentar a mi madre, a mi hermana y a un hermanito pequeño. Esta muerte nos ha dejado sumidos en la miseria. Mi hermana ha entrado como aprendiz en casa de un pariente nues-

tro, y yo voy a casa de un hermano de mi padre, picapedrero también, que ha prometido recogerme hasta que yo pueda con mi trabajo ganar el sustento de mi familia.

—¿Vive lejos de aquí vuestro tío?

—Veinte leguas más allá de estas montañas;



...acercándose al muchacho, le preguntó si necesitaba alguna cosa... (Pág. 38.)

estoy, pues, a la mitad del camino, porque sólo llevo andadas veinte leguas desde la ciudad donde habita mi madre.

La señora hizo algunas otras preguntas al mozalbete, que dijo se llamaba Felipe, y manifestó en sus respuestas tanto cariño a su madre, tanta pena por la muerte de su padre, que la excelente

dama no pudo contener las lágrimas. Instó al joven para que entrase en su casa, hizo le sirviesen leche y un trozo de pastel, y le entregó algunas monedas de plata para que las enviase a su madre.

Los dos niños no estaban menos conmovidos; lloraban al ver las lágrimas del joven.

En el momento que éste volvía a emprender su marcha, Edmundo le dió un hermoso huevo azul.

—Toma — le dijo —: envíaselo a tu hermanito y dile que venga a vernos; comerá con nosotros crema y pasteles.

—Yo te doy este huevo encarnado para tu hermana — añadió Blanca —; cuando la veas, abrázala de mi parte. De buena gana te daría también mi huevo blanco, en el que hay una máxima; pero mamá me ha encargado que lo conserve. Yo le diré que te dé otro.

—Bien, hija mía — dijo la señora —; y escribiré el mejor consejo que puedo dar a su madre.

Entonces tomó la pluma y escribió:

«Quien pone en Dios su confianza y lo espera todo de su bondad, será consolado en su infortunio y verá el término de sus sufrimientos.»

—Felipe—añadió, entregándole el huevo—, si vuestra madre se penetra bien de esta máxima, y se confía a ella en un todo, este huevo tendrá para ella más valor que el diamante de más precio.

El muchacho dió gracias a aquella benéfica familia, puso sus provisiones en un morralillo que llevaba en la espalda y se puso de nuevo en camino, siguiendo la dirección que el molinero le indicó.

Aquella noche durmió en casa de unos pobres campesinos, y, al rayar el alba del otro día, emprendió nuevamente su marcha.

No había salido aún de las montañas, y el ca-

mino serpenteaba por entre barrancos y rocas, cuando, de repente, percibió Felipe el relincho de un caballo; miró en su derredor pero nada vió. Un segundo relincho llamó su atención hacia un precipicio de donde parecía salir, y vió un mag-



...al abrigo de una roca saliente había un hombre tendido... (Pág. 42.)

nífico caballo negro que fijaba en él sus miradas como si quisiera implorar su socorro.

— ¡Es extraño! — pensó Felipe —, ¿cómo ha podido llegar ese caballo, sin matarse, hasta el fondo de este espantoso barranco? Indudablemente alguien lo montaba; voy a cerciorarme si ha ocurrido alguna desgracia al dueño de ese pobre animal.

Y se puso a llamar a grandes voces ; pero nadie respondía.

—Quizá está herido — se dijo el compasivo joven— ; no puedo dejar sin socorro a uno de mis hermanos en Jesucristo ; voy a intentar bajar hasta allí.

Durante mucho tiempo hizo vanos esfuerzos para conseguirlo ; pero, al fin, encontró el cauce de un seco torrente, y, asiéndose a las piedras, a las raíces y a algunos arbustos, logró llegar incólume adonde estaba el caballo.

A poca distancia, y al abrigo de una roca saliente, había un hombre tendido ; estaba pálido y con los ojos cerrados.

Su porte era noble y distinguido ; a su lado tenía un casco con un penacho en la cimera, una espada, una lanza y un hacha de armas. Sus vestidos y las piezas de su armadura parecían muy ricas.

Felipe creyó que era un caballero y, acercándose a él, le tomó una mano y vió que conservaba aún calor ; esto le tranquilizó, pues al principio creyó que estaba muerto.

Entonces le dirigió la palabra preguntándole qué le sucedía y si necesitaba alguna cosa.

El herido entreabrió los ojos, exhaló un profundo suspiro, y, llevando su mano a la boca, mascullo, más bien que pronunció, estas palabras :

—¡ Agua ! ¡ agua ! ¡ me muerdo de sed !

## IX

### FAVOR POR FAVOR

Felipe tomó el casco del desconocido y corrió en busca de un manantial.

Afortunadamente, vió a alguna distancia unos

viejos sauces, cuyo verde follaje decía claramente que no lejos de allí corría algún arroyo.

En efecto, poco tardó en descubrir una fresca y cristalina corriente de agua, que brotaba de una roca cubierta de musgo : llenar el casco y volver al lado del caballero fué cosa de un momento.

El desconocido bebió con avidez y repetidas veces : aquel refrigerio pareció devolverle las fuerzas.

Entonces, miró al que acababa de socorrerlo, y le dijo :

—Dios te bendiga, muchacho ; acabas de salvarme la vida. La sed me devoraba ; una hora más, y todo hubiera concluído para mí. Mas, ¿podrás concluir tu buena obra ? Tengo casi tanta hambre como sed ; ¿no tendrías alguna cosa que darme ?

—¡ Oh ! ¡ qué desgracia, Dios mío ! — exclamó el jovencito — : mi morral está vacío. Si yo hubiese podido prever... pero aguardad : una señora caritativa me ha regalado tres huevos para enviarlos a mi madre ; no temo que esto la ocasione ninguna desazón, porque si ella estuviera aquí sería la primera en entregároslos. Es alimento sano y agradable y, en estos instantes, tan útil como el mejor.

Así diciendo, se sentó sobre la hierba al lado del desconocido, y sacando del morral los tres huevos, les quitó la cáscara, a dos, los cortó en trozos y los presentó al guerrero que, hostigado por el hambre y por la sed, comió y bebió con fruición.

Felipe se disponía a romper el tercer huevo, que era el blanco que tenía la máxima.

—No, no — le dijo el desconocido — ; basta ; es la primera comida que hago después de dos días ; el menor exceso me sería muy perjudicial. Guarda este tercer huevo para tu madre, a quien está des-

tinado ; ponlo en tu morral. Pero déjame examinarlo antes, me parece que hay escrita en él alguna cosa.

—En efecto.

—¡Hola, es una máxima!

El caballero la leyó en voz baja.

—¡Oh! ¡esto es cierto para todos los hombres sin excepción, y, sobre todo, para mí, que acabo de ser salvado por un milagro de la infinita bondad del Señor!

«Quien pone en Dios su confianza y lo espera todo de su bondad, será consolado en su infortunio y verá el término de sus sufrimientos.»

—Escucha, joven, el relato de los males que acabas de aliviar ; estoy obligado a revelártelos. Atiende, y verás cuánta verdad se encierra en esa máxima escrita sobre el huevo.

—Hablad, caballero ; escucho con atención.

—Yo no soy caballero, soy escudero de un señor rico, valiente y poderoso. Me había encargado de una comisión muy importante, y anteayer, al atravesar estas montañas, me extravié. Cuando llegó la noche, me encontré en un paraje desconocido, lejos de todo lugar habitado, y, faltándome la luz del día, no me era posible dirigir mis pasos ; dejé caer la brida sobre el cuello de mi caballo, fiando en su instinto, lo cual no le bastó para conducirse, pues caímos precipitados en este barranco. Por un verdadero milagro no se hizo ningún daño, y me preservé con la armadura, aunque creo tener un pie lastimado. La violencia de la caída me hizo estar largo tiempo en tierra y aturdido. A la mañana siguiente me repuse un poco, sentí fuertes dolores en el pie, y tuve necesidad de desembarazarme de mi calzado de hierro. Con todo, no podía ni levantarme ni andar,

y, a fuerza de mucho trabajo, me arrastré hasta aquí. A eso de mediodía, me hallé un poco mejor, aunque la falta de alimento habíame debilitado mucho, por lo cual me era imposible trepar por los bordes de este precipicio. Resolví tenderme, atormentado del hambre y de la sed; y así pasé lo restante del día y toda la noche, hasta que, al fin, perdí el conocimiento. Sin tu caridad, amigo mío, habría muerto indudablemente antes que se pusiera el sol. El postrer cuidado mío antes de desmayarme fué elevar mi alma a Dios y pedirle que me enviase un socorro, que no se hizo esperar. ¡Figúrate, pues, cuál no habrá sido mi admiración al leer en este huevo que acabas de ofrecerme, una sentencia cuya verdad me hace comprender tan bien mi funesto percance y mi milagrosa salvación! Pero ahora te toca a ti: dime qué feliz casualidad ha podido traerte a estos parajes para salvarme de una muerte cierta.

Felipe refirió entonces su sencilla historia al escudero, cuya admiración se aumentó al escucharle.

—¡Cómo! — exclamó—; ¿esos huevos los has recibido, amigo mío, de una señora a quien no conoces, y de sus hijos? Benditos seáis, niños: creísteis dar una bagatela a este joven y le habéis dado mi vida. Y vos, señora caritativa, creísteis dar un consejo que acaso desdeñarían seguir, y ese consejo, acogido por mí en el trance en que me hallo, graba en mi mente un recuerdo que no se borrará jamás. Ahora, mi querido Felipe, te ruego me cedas ese huevo; si me lo negaras, me causaría un gran pesar. Yo me encargo de hacer llegar a manos de tu madre otro igual, en el que haré escribir la máxima en caracteres de oro. Pero deseo conservar éste que ha sido testigo de mi

salvación milagrosa : quiero que lo conserve mi familia, a fin de que sea, para mis hijos y mis nietos, una prenda preciosa de la bondad divina, y una prueba palpable de la verdad de estas palabras : «Cuanto pidáis en mi nombre y con fe, os será concedido.»

Felipe cedió, aunque con pena, a las instancias del escudero.

Luego se pusieron a discurrir acerca de los medios que podían emplearse para salir de aquel precipicio.

El escudero se encontraba suficientemente restablecido, pero, como tenía un pie lastimado, andaba con dificultad y no podía subir las rocas.

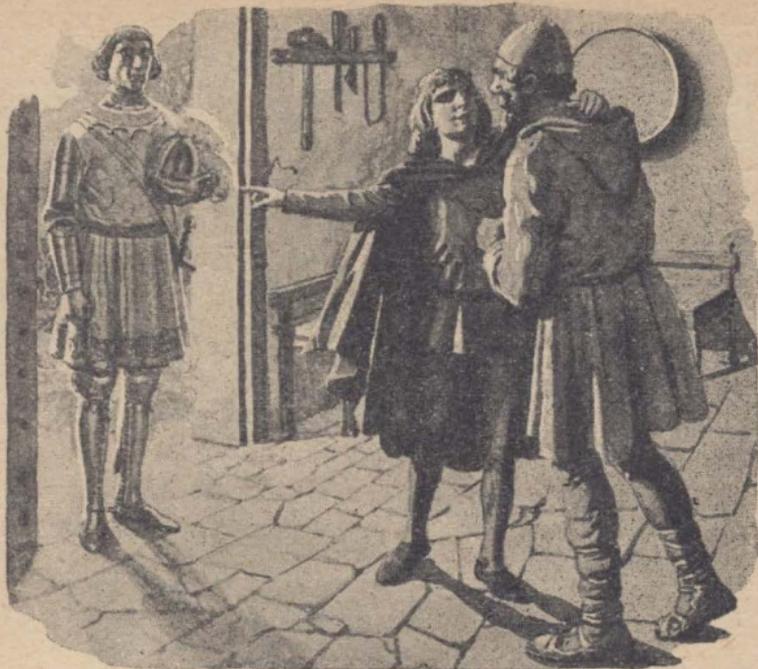
Felipe descubrió, al fin, a fuerza de buscar, una especie de senda por la cual creyó que el caballo podría subir ; ayudó a montar al herido, y llevando al pobre animal de la brida, tras no pocos esfuerzos, consiguieron llegar los tres a lo alto del profundo barranco. Era cerca del mediodía.

—No debemos encontrarnos a más de cuatro leguas de la casa de mi tío — dijo el muchacho— : si queréis, os llevaré allá ; estoy seguro de que os recibirá bien, y tendréis todos los cuidados que necesitéis.

La proposición fué aceptada con alegría, y pocas horas después, Felipe abrazaba a su tío y le refería el motivo por el cual le presentaba aquel huésped.

—¡ Bien ! ¡ bien ! sobrino mío — exclamó el picapedrero—. No entiendo bien esa historia de los huevos de todos colores ; pero, puesto que has salvado la vida a ese valiente caballero, eso basta para decir en alta voz que eres un buen muchacho.

Como Felipe esperaba, el tío acogió muy cordialmente al herido. Después que un médico lla-



...Felipe abrazaba a su tío y le refería el motivo por el cual le presentaba aquel huésped. (Pág. 46.)

mado por él le curó el pie, le forzó a que se acostase en su propia cama. El herido se oponía a ello resueltamente, mas, al fin, tuvo que ceder, no hallando qué responder a las palabras de aquel buen hombre.

—Un huésped y un enfermo tienen derecho al mejor asiento en la mesa y a la mejor cama; lo que os ofrezco os corresponde de derecho por las dos razones; y, si os lo debo por las dos, poco es que lo aceptéis por una.

Algunos días después, el herido se hallaba en estado de continuar su camino, y, al despedirse del picapedrero, le entregó tres monedas de oro, diciéndole:

—Esto es un pequeño regalo a cuenta de lo mucho que debo a vuestro sobrino ; haced que lo acepte cuando yo me haya marchado ; y vos, contad con mi sincera amistad.

—Acepto por mi sobrino, porque sé que hará muy buen uso de este dinero. Acepto también por mí, y tened por cierto que os corresponderé con la mía.

Felipe experimentó una alegría indecible al verse poseedor de una suma que aseguraba por un año el sustento de su madre ; se apresuró, pues, a enviarle, acompañada de una larguísima carta que un sabio del pueblo le dictó. En ella le contaba todas sus aventuras, sin omitir, como es natural, su visita a la noble señora que, dándole el huevo con la hermosa máxima, le había dado tres monedas de oro que iban a hacer cesar las inquietudes de su madre.

## X

### HISTORIA DE LA DAMA FORASTERA

Volvamos de nuevo al valle.

La primavera y el verano pasaron sin acontecimiento digno de especial mención y sin que cambiase la situación de la dama forastera. Sus hijos crecían ; educados e instruídos por ella, imitaban ya sus virtudes y sus buenas obras y se habían propuesto enseñar a leer a la hija del carbonero, su criadita Marta. Ambos, lo mismo que su discípula, hacían grandes esfuerzos para conseguirlo y la muchacha comenzaba a deletrear.



...al despedirse del picapedrero, le entregó tres monedas  
de oro... (Pág. 47.)



Edmundo gozaba al ver estos progresos, que eran obra suya, y decía a su madre :

—No es ni fácil ni divertido enseñar a leer, pero me estimula el pensar que cuando Marta sepa hacerlo, enseñará a los otros niños del valle, y de esta manera habré sido útil a todos.

Pero si la noble señora no tenía por parte de sus hijos sino motivos de satisfacción, eran muchas y muy hondas sus penas por otros conceptos.

Cada vez que Kuno volvía de algún viaje le comunicaba, según hemos dicho en otro lugar, algunas noticias que, sin duda, eran desagradables, porque entonces parecía más triste que de ordinario.

Para colmo de pesares, el fiel servidor enfermó gravemente y la convalecencia fué muy larga, lo mismo que la enfermedad. La señora le cuidó como si hubiera sido su propio padre y lloraba a menudo viendo sufrir a aquel buen anciano que se había mostrado tan fiel y tan adicto en su desgracia. Y le apenaba sobremanera el pensar en el tiempo que llevaba y que aun debería estar sin aquellas noticias que tanto le interesaban y en que quizá veríase obligada a abandonar aquel apacible valle y las personas que se le habían hecho tan queridas.

Como una desgracia no viene nunca sola, cierta mañana vino el molinero a decir a la señora que la noche anterior había ocurrido algo muy raro.

—Unos carboneros — dijo — que estaban atareados en su trabajo, vieron unos extranjeros armados de corazas y lanza en ristre que corrían hacia ellos ; les dijeron que formaban parte del séquito de un poderoso señor que había acampado a una legua de allí con sus tropas y tomaron informes de cuanto ocurría en el país, preguntando

con insistencia si se habían visto por aquí, de algún tiempo a esta parte, algunos forasteros.

—¿Han dicho el nombre de su señor? — preguntó, alarmada, la dama.

—Le llaman Hannon de Sufret.

—¡Dios mío, proteged a mis hijos! ¡ Es mi mayor enemigo!

—¡Cómo, señora!

—Sí, ese caballero es el que me ha obligado a



...vieron unos extranjeros armados de coraza y lanza en ristre que corrían hacia ellos... (Pág. 49.)

abandonar el castillo de mi esposo. Habrá descubierto, sin duda, mi retiro y viene en mi persecución. ¿Sabéis si los carboneros han hablado de mí a esos emisarios?

—Quienquiera que seáis, señora, nada habéis

de temer — respondió el molinero— ; estáis bajo nuestra protección y ninguno de nosotros permitirá que se os cause el menor daño. En cuanto a esas tropas, estad tranquila ; los carboneros me han referido palabra por palabra la conversación tenida con ellos y he venido a deducir que, tanto ellos como su señor, temen a otros guerreros que están sobre sus huellas, y piensan más en su propia salvación que en molestar a los demás.

—Vuestras palabras me tranquilizan, y justo es ya que me confíe a vuestra lealtad. Para que mi perseguidor haya llegado hasta aquí, fuerza es que los acontecimientos se desarrollen de manera que precipiten la hora de obrar.

—Hablad, señora — dijo el molinero— ; os escucho con la mayor atención y sabré hacerme digno de la confianza de una persona cuyas virtudes y dignidad revelan su alto linaje.

—Yo soy Rosalinda, hija del duque de Borgoña, el cual, antes de morir, quiso casarme. Entre los numerosos pretendientes a mi mano sólo dos podían obtenerla : los condes Hannon de Sufret y Arno de Linderburgo. El primero era el señor más rico y poderoso de toda la comarca : poseía inmensos dominios y gran número de vasallos ; pero las cualidades de su alma no correspondían a estas brillantes ventajas : era de carácter bajo, ruin y cruel. Arno, por el contrario, era el más noble y valiente caballero del país, pero no poseía tantas riquezas como Hannon, pues sólo había heredado de su padre un castillo ruinoso y no había pensado jamás en hacer fortuna por medio de la rapiña y la violencia. Mi elección entre ambos pretendientes no podía ser dudosa, y como mi padre me dejaba en completa libertad para escoger, otorgué mi mano a Arno de Linderburgo, el

cual recibió, juntamente con mi corazón, un considerable número de castillos fortificados.

»Nuestra felicidad era completa, pero, ¡ay! muy pronto debía ser turbada. Hannon, poseído de un odio implacable, puso guarniciones en la frontera cerca de la que nos hallábamos, y desde allí hacía, cuantas veces le era posible, infames correrías por nuestros dominios y saqueaba todo el territorio por donde pasaba. Mi esposo tenía que seguir al emperador en la guerra y no podía oponerse a esas incursiones. Sin embargo, un día que volvió inesperadamente, encontró a su enemigo, que venía de saquear una aldea de nuestros dominios, y, en la lucha que se entabló, mi esposo dispersó a los soldados de su rival, hirió a éste y le hubiera hecho prisionero de no haber apelado el invasor prontamente a la fuga.

»Aquella derrota encendió aún más la cólera y el odio de Hannon, que, con diversos pretextos, prolongó su permanencia en el país en vez de seguir al emperador en la guerra contra los infieles; y así, aprovechándose de la ausencia de mi esposo, que se había incorporado nuevamente al ejército imperial, volvió a invadir nuestras tierras indefensas.

»Temiendo caer tarde o temprano en su poder, decidí retirarme a un lugar apartado y vivir oculta en él hasta que regresase mi marido. Después de haber caminado varios días, durante los cuales me vi obligada a refugiarme con frecuencia en los bosques para no tropezar con los arqueros de Hannon, que estaban esparcidos por la llanura, llegué a este valle hospitalario.

»Lo que ha sucedido desde entonces lo sabéis muy bien. Siempre que he podido he enviado a Kuno para que averiguase lo que ocurría en mis

dominios y especialmente sobre lo que era de mi marido. No podía desechar el temor de que mi perseguidor ocupase mis castillos y que el padre de mis hijos no volviese a presentarse en la comarca.

»La llegada de Hannon a estos parajes me anuncia hoy un acontecimiento muy grave. ¿Me busca? ¿Se ve obligado a su vez a ocultarse? ¿Ha sucumbido mi esposo o hace que mi perseguidor huya delante de él? Esto es lo que desearía averiguar, y para ello cuento con vos. Hace mucho tiempo que conozco vuestro buen corazón y vuestra prudencia : aconsejadme : ¿qué debo temer y qué es preciso que haga para salir de la terrible incertidumbre que me atormenta sin comprometer en lo más mínimo mi seguridad?

## XI

### EL RECONOCIMIENTO

El molinero dió gracias respetuosamente a la condesa por la confianza que ponía en él, y, después de haber conferenciado ambos sobre lo que debía hacerse en semejante situación, convinieron en que el hijo del molinero iría a la llanura para indagar cuanto pudiese.

Decidióse también que, entretanto, la condesa y sus hijos vivirían muy retirados en su casita y que se recomendaría a los habitantes del valle que no hablasen de ella ni hicieran la menor alusión delante de personas desconocidas.

Al día siguiente, muy temprano, el hijo del mo-

linero se puso en camino. La condesa, encerrada en su casita con sus hijos, pasó un día de terrible ansiedad esperando que volviese el mensajero. El único consuelo que tuvo en medio de tanta pena, fué la notable mejoría de Kuno.

Al cabo de cinco días se presentó el molinero, que era portador de una noticia que la colmó de alegría.

—Señora — le dijo—, los hombres armados han desaparecido de la comarca; ayer tarde su jefe los hizo reunirse apresuradamente, y han huído más bien que se han retirado. No queda un solo extranjero en los alrededores.

La condesa se aprovechó inmediatamente de la libertad que se le devolvía. Era uno de esos últimos días de otoño en que un cielo despejado, un sol templado y la hierba que empieza a matizarse de amarillo, parecen dar al hombre su último adiós, huyendo ante el helado carro del centenario invierno.

Los niños que, corriendo alegremente, se habían internado en el bosque, volvieron de improviso, con expresión de terror, diciendo a su madre que habían visto a un hombre muy alto y al parecer muy viejo, el cual los había llamado.

—¿Cómo está vestido ese anciano, hijo mío?— preguntó la condesa.

—Trae un hábito pardo y una esclavina del mismo color, sembrada de conchas; un sombrero de anchas alas cubierto de conchas más pequeñas que las de la esclavina y un bastón muy grande y nudoso. La barba le llega casi a la cintura.

—Es un peregrino, hijo mío — repuso la condesa, tranquilizándoles—; debisteis invitarle a que viniese a nuestra casa para que tomase algún refrigerio.

Dicho esto, la noble dama se dirigió al bosque y no tardó en encontrar al individuo de quien su hijo le había hablado.

Era de elevada estatura, de porte majestuoso y de andar seguro. El peregrino adelantó hacia la dama y dobló ante ella una rodilla. La condesa, por su parte, le ofreció cuantos auxilios hubiera menester, pero al mismo tiempo examinaba con curiosidad y sorpresa sus blancas manos, que, bajo aquel grosero sayal, revelaban un hombre de distinción.

La noble señora temió que fuese un enemigo disfrazado.

El peregrino le dió las gracias por su generoso ofrecimiento y trató de entablar conversaci3n; pero, al notar la desconfianza que en vano procuraba la condesa disimular, cambi3 al punto de discurso, y dijo:

—Nada temáis, noble señora; no me supongáis capaz de siniestras intenciones, pues soy amigo vuestro y de vuestro esposo.

—¡Amigo mío! ¿Cómo podéis serlo si ni siquiera os conozco?

—Es muy posible que no me reconozcáis en este instante; pero yo sé muy bien que sois la noble Rosalinda de Borgoña, esposa del conde Arno de Linderburgo.

—¡Ah! puesto que me conocéis, lo mismo que a mi esposo, decidme, por favor, qué ha sido de él. Hace más de un año que ignoro si vive, si volveré a reunirme con él o si estoy condenada a llorarle mientras yo viva.

—Tranquilizaos, señora; vuestro esposo ha vuelto sano y salvo de la guerra y ha arrojado al usurpador de sus dominios, obligándole a esconderse a su vez. Nada falta ya a su felicidad sino encon-

traros a vos y a vuestros hijos. Hace muy pocos días me separé de él y le oí manifestar la misma amarga incertidumbre respecto a vuestra suerte, y, además, el doloroso temor de que, si el Cielo había conservado vuestra vida, su larga ausencia no le hubiese ocasionado la pérdida de vuestro cariño.

— ¡Qué decís! ¿Dudaría, acaso, mi esposo del amor que le profeso? ¿Sería capaz de sospechar que yo le culpo de todas mis desventuras? ¡Ah! si venís enviado por él, volved a su lado y decidle que nada tengo que perdonarle y que todos los males que he sufrido los he aceptado como tribulaciones con que Dios ha querido probar a su sierva; que ha cumplido con su deber para con el emperador y la patria, como yo he cumplido con los míos de esposa. ¿Por qué enarcáis las cejas y movéis la cabeza? ¿Dudaríais acaso de mis palabras? ¡Oh, qué fácil me sería persuadiros! Ved esta miniatura que llevo siempre conmigo: es el retrato de mi esposo. Vosotros, hijos míos — añadió, volviéndose a Edmundo y a Blanca—, venid y repetid delante de este peregrino la súplica que dirigís a Dios cada día por vuestro padre.

Los dos niños se arrodillaron, cruzaron sus manos y alzando los ojos al cielo, recitaron fervorosamente esta oración:

«Dios todopoderoso, y Vos, Jesús, consuelo de los afligidos, compadeceos de dos pobres niños; devolvednos a nuestro querido padre y preservadlo de todos los peligros que pueden rodearlo en países extraños. Haced, Dios mío, que vuelva pronto a abrazarnos y a consolar a nuestra madre.»

— ¡Así sea! ¡Así sea! — repitió la condesa elevando sus manos y mirando al Cielo con los ojos arrasados en lágrimas.

Entonces, el peregrino, con un rápido movi-

miento, se quitó el sombrero al cual estaban adheridos su barba y cabellos postizos, despojóse de su tosco sayal y se mostró cubierto con brillante armadura.

La varonil belleza de su rostro realzaba la alegría que le inundaba.

—Venid, venid, seres queridos—exclamó abrien-



Los dos niños se arrodillaron, cruzaron sus manos, y alzando los ojos al cielo... (Pág. 56.)

do los brazos a la condesa y a los niños—. Rosalinda, reconoce en mí a tu esposo. Hijos míos, ¡abrazad a vuestro padre!

La condesa echó los brazos al cuello de su marido, y sólo se separó para que sus hijos pudieran abrazarle también. Los niños, que apenas se acordaban de haber visto a su padre, admiraban tími-

damente su hermosa armadura, su majestuoso porte y la nobleza de su fisonomía. Le llamaron mil veces papá y no se cansaban de besarle las manos.

El conde explicó luego a su digna esposa que sólo hacía dos días que conocía el lugar donde se había refugiado y que inmediatamente se puso en camino con una numerosa escolta, de la cual se separó a pie y bajo el disfraz de peregrino, animado del deseo de unirse más pronto a ella.

—Temía sorprenderte — añadió — y he querido evitarte una emoción demasiado fuerte; por eso te he preparado así para el dulce momento que nos había de reunir para siempre después de tan dolorosa y larga separación.

—Pero, ¿qué casualidad, o, mejor dicho, qué milagro te ha hecho conocer nuestro retiro? ¿Cómo es que te he encontrado tan cerca de nuestra vivienda?

—La Providencia, amada esposa, dispuso que sirviera para nuestra felicidad lo que tú habías hecho para la de los otros. Esta pronta reunión la debemos a uno de tus actos caritativos y es la recompensa de ellos.

Así diciendo, le mostró el huevo en que estaba escrita la sentencia:

«Quien pone en Dios su confianza y lo espera todo de su bondad, será consolado en su infortunio y verá el término de sus sufrimientos.»

—Pero, ¿cómo ha llegado este huevo a tus manos? Hace algunos meses que lo envié a una pobre mujer que acababa de perder a su marido.

—Me lo dió Egberto, uno de mis escuderos — respondió el conde—. Mientras me ocupaba en reconquistar nuestros dominios, encargué a algunos de mis hombres de armas que averiguasen tu paradero; pero volvieron todos sin haber podido

adquirir noticia alguna. Egberto estuvo largo tiempo ausente, y a su regreso me refirió las peripecias de su viaje. Me dijo que, poco tiempo después de haberse puesto en camino, estuvo a punto de morir por haber caído de noche en un profundo barranco del que sólo pudo salir por un acontecimiento dispuesto por la Providencia.

El conde relató minuciosamente a su familia la aventura de Felipe y del escudero, y añadió :

—Al concluir su narración, Egberto me enseñó este huevo, al cual daba un valor inestimable por haberlo recibido, juntamente con la vida, de un joven que el Cielo había enviado en su ayuda. ¡Imagínate mi alegría al ver los caracteres trazados en él! Reconocí a la primera ojeada tu letra, y este objeto de tu caridad se convirtió para nosotros en instrumento de feliz reunión. Montar a caballo y correr a rienda suelta, bebiendo los vientos, hacia las canteras donde trabajaba el salvador de Egberto fué todo la misma cosa, y tuve la fortuna de hallar al joven que, con la mayor amabilidad, se ofreció a guiarme a estos parajes.

Y, dirigiéndose a Edmundo y a Blanca, agregó :

—En cuanto a vosotros, queridos hijos míos, reconoced la verdad de la santa máxima que vuestra madre escribió como una frase de consuelo para la pobre viuda. Egberto cayó en un precipicio, elevó su corazón a Dios, y Dios le socorrió. Yo también, en vez de confiar en mi poder, rogué a Dios me devolviese mi desterrada familia, y la he encontrado gracias a uno de los infinitos beneficios del Señor. Ved, además, cuáles son los frutos de la caridad : esos huevos que disteis al pobre Felipe salvaron la vida a Egberto, y por él he sabido vuestro paradero. Dad gracias a la Providencia por sus bondades ; confiad en su misericor-

dia y no dudéis de que nos devolverá con frecuencia en esta vida y siempre en la otra, y centuplicado, lo que hayamos dado a los desgraciados.

Los condes fueron a visitar la pobre casita donde Rosalinda y sus hijos habían pasado más de un año.

El conde visitó con indecible placer hasta el último rincón ; y vió con gusto a su anciano servidor Kuno, a quien dió el título de amigo, agradeciéndole con la mayor efusión cuanto había hecho por su familia.

Al anochecer llegaron Felipe y Egberto, quienes se habían adelantado a la comitiva del conde, que al día siguiente debía entrar en el valle.

Todos cenaron juntos con la mayor alegría ; también asistió a la cena el molinero, al cual manifestó el conde su viva gratitud.

La noticia se divulgó rápidamente por el valle ; y los sencillos carboneros decidieron ir todos juntos, al día siguiente, a visitar a la señora y darle las gracias por sus bondades y al mismo tiempo sus parabienes por el fausto suceso.

A la mañana siguiente, cuando el conde, la condesa y sus hijos salían de la casa a disfrutar la frescura y los perfumes de un hermoso día de otoño, distinguieron, por un lado, la comitiva del conde, compuesta de jinetes formados en el mayor orden, y por el otro a todos los habitantes del valle, hombres, mujeres, ancianos y niños. Aquellas buenas gentes prorrumpieron en entusiastas exclamaciones de júbilo al ver a su bienhechora, y las trompetas del escuadrón tocaron un aire marcial.

La condesa se dirigió primeramente hacia sus vecinos y huéspedes, y les repitió las gracias por las atenciones que habían tenido con ella y sus hijos durante su permanencia en el valle. El conde

se unió a su esposa en esta manifestación de gratitud, y no fué dueño de contener las lágrimas que, a raudales, brotaban de sus ojos.

—No nos deis gracias, monseñor — dijo el molinero — ; lo poco que hayamos podido hacer por vuestra noble esposa, nos lo ha devuelto con creces ; nos ha colmado de beneficios, cuyo recuerdo



no se borrará jamás del corazón de los hijos del valle.

Los dos esposos se dirigieron en seguida a los caballeros del conde, cuyas brillantes armaduras reflejaban los rayos del sol naciente.

Los hombres de armas acogieron a su señora con vivos transportes de alegría, y desfilaron delante de ella saludándola respetuosamente.

Aquel mismo día el conde convidó a comer a

todos los habitantes del valle, y dijo a sus convidados, antes de separarse de ellos :

—Amigos míos, gracias a la fiesta que la condesa dió el día de Pascua a los niños del valle, he podido reunirme con mi familia ; deseo perpetuar su memoria. Ante todo, quiero que el huevo dado a Felipe sea depositado en una caja de oro guarnecida de diamantes, y colocada como un *ex voto* en una capilla que haré edificar en este mismo sitio. La sentencia que en él se halla escrita no puede ser leída en mejor sitio.

»Quiero también que en adelante, y a todos los niños de vuestras generaciones, se les dé, a mis expensas, una fiesta en el día de Pascua, y que se les distribuyan en ella huevos de todos colores, que se llamarán *huevos de Pascua*.

—Y yo — añadió la condesa—, estableceré igual costumbre en toda la extensión de mis dominios.

Los condes ejecutaron fielmente lo que habían prometido. La costumbre de regalar huevos de Pascua se extendió poco a poco por todos sus dominios, y desde allí a todos los países cristianos.

Marta no abandonó a sus amos, y Felipe fué agregado al servicio del conde.

El anciano Kuno vivió aún muchos años, tratado por sus señores, como amigo más bien que como servidor ; el tío y la madre de Felipe tampoco fueron olvidados.

Los dos esposos y sus hijos visitaron con frecuencia el solitario valle, donde la desgracia y la caridad habían sembrado recuerdos tan dulces y tiernos para ellos.

Para la familia del conde era aquella una piadosa peregrinación. Las montañas parecían animarse con su presencia ; los goces de otro tiempo se despertaban para mezclarse con los nuevos, y

el recuerdo de los pasados males les producía una emoción dulcísima.

Cada vez que volvían al valle hallaban en él el consolador y grato testimonio de sus beneficios : se habían levantado nuevas cabañas ; el bienestar y la alegría aumentaban con el número de los habitantes, sobre los cuales se veía manifiesta la bendición del Cielo.

Mucho tiempo después de los acontecimientos que hemos referido, el conde y la condesa vieron en su derredor a los hijos de sus hijos.

Cuando esta nueva generación llegó a la edad de Edmundo y de Blanca, fueron todos a la montaña, porque el conde quiso celebrar otra vez el santo día de Pascua con los buenos carboneros. Aquella fué una fiesta hermosa.

—Ya lo veis, amigos míos — decía el conde vertiendo lágrimas de júbilo— ; no es a nosotros a quienes se puede aplicar las palabras del profeta : «El Señor ha multiplicado el pueblo, pero ha disminuído la alegría», puesto que ha aumentado uno y otro. Démosle gracias, amigos míos : esos huevos teñidos de todos colores son para nosotros una imagen de la solícitud paternal de Dios que se extiende a todos y se reparte según nuestras necesidades. Imitemos su inagotable bondad ; porque a nosotros, padres o hijos, es a quienes su Unigénito ha dicho : «¿Cuál es el padre que dará a su hijo un escorpión en vez de un huevo ? Si, pues, vosotros, hombres, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¿con cuánta mayor razón vuestro Padre, que está en el Cielo, sabrá conceder a sus hijos el mejor de todos los dones : su espíritu de sabiduría, de fuerza y de bondad ?»

## LA CAPILLA DEL BOSQUE

---

Un joven sano y vigoroso, llamado Conrado Er-liebe, terminado el aprendizaje de calderero, de-terminó viajar por espacio de tres años con objeto de perfeccionarse en su oficio.

Vestido con sencillez pero decentemente, con su morral al hombro y apoyándose en un bastón a modo de peregrino, emprendió con alegría su viaje.

Hacia ya algunas horas que caminaba sin des-canso, a pesar de ser un caluroso día de verano, cuando, de improviso, se encontró en lo más es-peso de un gran bosque.

En vano trató de salir de allí, se había extra-viado.

Vagó por largo tiempo a la ventura, sin que pudiera encontrar el menor rastro de sendero.

El sol estaba próximo a ocultarse detrás de las montañas y Conrado comenzaba a sentirse po-seído de temor y tristeza cuando, a lo lejos, dis-tinguió el campanario de una capilla, que sobre-salía entre unos melancólicos abetos y al cual to-caban los últimos rayos del sol poniente.



...al levantarse, reparó en un librito de oraciones, muy bonito... (Pág. 65.)



El joven tomó aquella dirección y no tardó en encontrar un camino que le condujo delante de la capilla, situada sobre una eminencia cubierta de fresco verdor.

A su vista recordó Conrado los consejos que su padre acostumbraba darle :

—Hijo mío — solía decirle—, siempre que pue-  
das, cuando pases por delante de una iglesia que  
esté abierta, entra para orar en ella. Piensa que  
ha sido construída para que allí se adore a Dios,  
y que su elevado campanario es para nosotros a  
manera de un dedo que nos señala el Cielo. ¿Se-  
ría posible que no aproveches toda ocasión de  
elear tu alma a Dios y arrodillarte en la presen-  
cia de nuestro bienhechor supremo? Un cuadro  
que llame tu atención, una sentencia que leas por  
curiosidad, pueden inspirarte, sin que tú lo ad-  
viertas, una santa confianza y las más santas re-  
soluciones.

Repasando en su memoria estas advertencias  
de un padre respetado y querido, entró Conrado  
en la capilla, cuya puerta encontró abierta.

Al aspecto de aquella bóveda sombría, de aque-  
llas paredes renegridas por el tiempo, de aquellas  
ventanas estrechas y provistas de cristales redon-  
deados, y de aquel antiquísimo altar, el joven se  
creyó por un instante transportado a los primeros  
tiempos de la Iglesia.

El profundo silencio que reinaba en aquel lugar  
consagrado a Dios invitaba al recogimiento ; se  
arrodilló junto a la puerta y elevó al Cielo una  
fervorosa oración.

Antes de cargar otra vez con el morral se acercó  
al altar para examinar detenidamente un retablo  
que le había llamado la atención ; y, al levantarse,  
reparó en un librito de oraciones, muy bonito,  
HUEVOS.—5

encuadernado en tafílete encarnado con cantone-  
ras y broches dorados, que estaba sobre un banco.  
El joven lo toma, lo abre, y, ¡cuál no es su asom-  
bro al encontrar en la primera página su nombre,  
escrito de su propio puño! Le parecía soñar, y no  
podía dar crédito a sus ojos.

Hojeó el libro. La primera página representaba  
al Salvador bendiciendo a los niños; algunas ora-  
ciones y máximas piadosas que leyó rápidamente,  
le parecieron cosas conocidas, y renovaron sus re-  
cuerdos.

—¡Comprendo!—exclamó profundamente con-  
movido—; este libro me perteneció en otro tiem-  
po; yo mismo escribí en él mi nombre: es el ca-  
rácter de letra que tenía en mi niñez. Pero, ¿có-  
mo ha venido a parar a esta capilla aislada y en  
medio de este espeso bosque? Esto es lo que no  
alcanzo a explicarme.

Mil recuerdos de su infancia se despertaron en  
su alma; sintió un ardiente deseo de ver a su fa-  
milia, o, a lo menos, de tener noticias de sus se-  
res queridos, y rodaron por sus mejillas copiosas  
lágrimas.

—Dios mío — dijo finalmente—, ¡qué buenos  
padres me disteis! ¡qué hermosos días pasamos  
en la casa paterna! ¡Cuán dichoso era yo junto  
a mi buena y cariñosa madre cuando, sentada  
junto a su mesa, nos llamaba a su lado y nos ha-  
blaba de Vos y de vuestro amado Hijo; cuando  
nuestro excelente padre, después de haber dedi-  
cado el día al trabajo, descansaba por la noche re-  
firiéndonos historias agradables e instructivas;  
cuando mi hermanita y yo jugábamos en el lindo  
jardín de nuestra casa, o nos entreteníamos culti-  
vándolo en presencia de nuestros padres, que se  
consideraban dichosos con nuestra alegría infan-

til! Pero, ¡ay! hace ya mucho tiempo que una malhadada guerra nos obligó a abandonar nuestra querida patria, separándonos a larga distancia unos de otros. Tiempo hace ya que nuestra inolvidable madre murió sumida en el dolor y la miseria, y sus benditas manos, que un día me entregaron este libro, están secas en el sepulcro. Muchos años hace también que no sé nada de mi padre; quizá la pena lo ha matado prematuramente.

»Y mi pobre hermanita, ¿qué será de ella? ¿Es o no feliz? ¿Vive todavía o ha muerto? Apartado de ellos, que están, sin embargo, en mi corazón, ando solitario y errante por el mundo. Sólo Vos, ¡oh Dios omnipotente!, conocéis la suerte de los que supongo que aun viven. ¡Ah, si a lo menos uno de ellos viniese a mis brazos! Tened piedad de mí, ¡oh Dios de misericordia!; escuchad los ruegos que os dirigió mi padre el día que le vi por la última vez, y realizad la bendición que, lleno de confianza en Vos, invocó sobre mi cabeza en el momento de separarnos.

De esta suerte continuó Conrado orando largo rato. Por último, levantóse diciendo:

—No me atrevo a llevarme este libro; no sé si puedo considerarlo todavía como mío. Probablemente se lo habrá olvidado alguien en este sitio, y, de seguro, vendrá a buscarlo antes que llegue la noche. Mejor será que aguarde aquí; tal vez podré saber algo que me interese.

Absorto en estos pensamientos, sentóse en un extremo de la capilla y se entretuvo en hojear el libro.

Pocos instantes después, entró una joven como de unos diez y seis años, de aspecto delicado y porte decente y modesto, la cual, acercándose al

altar, hizo una genuflexión y, exhalando un profundo suspiro, dijo en alta voz :

—¡Qué pena me causa, Dios mío, el haberlo perdido! ¡era lo que yo más estimaba, el único consuelo que me quedaba!

Y disponíase a salir de la capilla cuando Conrado, en quien no había reparado, se le acercó respetuosamente y le preguntó, mostrándole el devocionario :

—¿Ha perdido usted este libro, señorita?

—Sí — contestó alegremente la joven— ; por más señas, en la primera hoja hay escrito un nombre, el de Conrado Erliebe.

—Parece que lo tiene usted en mucha estima, ¿verdad? ¿Sería indiscreción preguntarle el por qué? Conozco a un joven que se llama precisamente Conrado Erliebe y podría darle noticias suyas.

—¡Oh, si eso fuera cierto, qué alegría me proporcionaría usted! — exclamó la doncella—. Me intereso muchísimo por Conrado Erliebe : muchos viandantes me han asegurado que le habían visto en tal o cual parte, pero nunca he visto confirmadas tan gratas noticias. Sin embargo, contaré a usted una parte de mi historia, y así comprenderá si es el mismo Conrado a quien usted conoce.

»Mi padre estaba empleado en una ciudad de la otra orilla del Rin ; pero sobrevino la guerra, el país quedó en poder del enemigo y tuvimos que emigrar. Nuestro príncipe, que había perdido también todos sus bienes, no estaba en condiciones de favorecernos, y nuestra situación se fué haciendo cada día más penosa. Imagínese usted lo que esto afligiría a mi buen padre, que había quedado con dos niños, un hermanito y yo, y, con

semejante carga, no era fácil que pudiera ir de un lugar a otro en busca de un empleo. Un vecino del pueblo donde murió mi madre (que en gloria esté), de oficio calderero, y que no tenía hijos, se encargó de mi hermano, comprometiéndose a enseñarle el oficio y mantenerlo hasta que estuviese en edad y condiciones de ganarse el sustento. Mi padre y yo continuamos nuestra peregrinación de pueblo en pueblo. Fuimos muy lejos, y, de repente, mi padre enfermó gravemente y murió a los pocos días. Entonces yo no tenía más que seis años y no pude hacerme cargo de lo inmenso de mi desventura. Una buena y caritativa mujer, viuda de un honrado negociante, compadecióse de mí y me recogió en su casa.

»Diez años hace ya que murió mi padre y no he podido en todo ese tiempo tener noticias de mi hermano. La misma noche que murió mi padre, suplicó al posadero que nos tenía alojados, que diese a conocer su muerte a mi hermano, diciéndole que le enviaba su postrera bendición, y que suplicara al calderero que amparase al pobre huérfano. A pesar de su extremada debilidad y de estar ya casi agonizante, mi pobrecito padre escribió en un papel el nombre del calderero y el de la población donde residía; pero, por desgracia, el papel se perdió, por culpa de una imprudente criada que, no sabiendo la importancia que tenía, lo tiró al fuego como cosa inútil.

»¡Dios mío! ¡cuántas veces he soñado con mi hermano! En todas partes pedíamos noticias suyas, pero ninguna de las investigaciones hechas dieron resultado alguno. Todo lo que conservo de él es ese devocionario. No lo recibí directamente de sus manos, pero lo conservo como un recuerdo de inapreciable valor.»

Conrado, con los ojos arrasados en lágrimas y tembloroso de emoción, exclamó con voz entrecortada :

—¡ Dios mío, cuán admirables son vuestros caminos ! Amable joven, ¿ te llamas Luisa ?

—Sí — contestó ella, sorprendida — ; me llamo Luisa Erliebe.

—Pues bien — repuso el mozo —, mírame con atención a ver si notas parecido alguno entre mis rasgos y los tuyos. Ese nombre está escrito por mí, porque soy Conrado Erliebe, ¡ soy tu hermano !

Luisa le contemplaba como si soñara ; no podía dar crédito a lo que oía, la emoción la trastornaba. Conrado experimentaba una sensación igual a la de su hermana. Por último, derramando ambos lágrimas de alegría y penetrados de un sentimiento religioso, bendijeron a la Providencia que, al cabo de tantos años, y cuando menos lo esperaban, los había reunido.

Cuando se hubieron repuesto un tanto de los primeros transportes de júbilo, Conrado prosiguió :

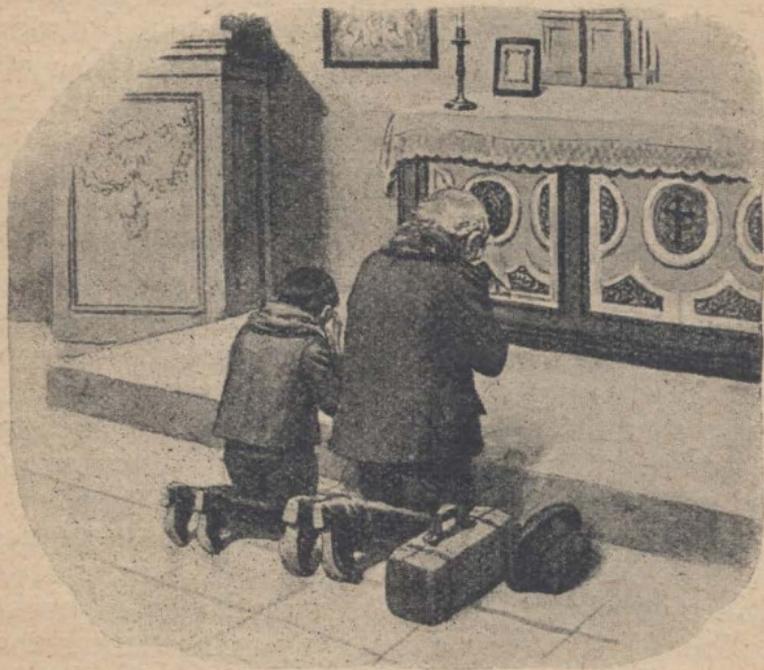
—¡ Oh, mi buena y querida hermana !, todavía me acuerdo del triste instante de nuestra separación. Una familia acomodada que huía, como nosotros, del enemigo, invitó a nuestro padre a que te hiciese subir en el carruaje que les conducía, hasta el pueblo cercano ; y él, viéndote rendida de cansancio, aceptó el ofrecimiento y continuamos a pie. Me parece ver todavía tu carita resplandeciente de alegría cuando te sentaste en el lujoso coche... ¡ y cómo lloré amargamente cuando te alejabas de nosotros con tanta rapidez ! Entonces eras muy pequeñita... ¡ Cómo has crecido ! ¡ Qué dicha la mía por haberte encontrado tan sana y

robusta! No hubiera podido reconocerte jamás, hermana mía. ¡Bendito sea el Señor que al fin nos ha reunido! Pero — añadió—, amarga mi alegría el saber que hemos perdido a nuestro excelente padre. Mis presentimientos no eran infundados cuando, hace tiempo, lloraba su muerte... Estos sentimientos me entristecen sobremanera y no puede acallarlos la dicha de haberte encontrado. No podrías imaginarte siquiera, querida Luisa, lo que sufría yo por no recibir noticia alguna de nuestro padre. El honrado artesano que se hizo cargo de mí me enseñó su oficio, pero, ¡cuántas veces hube de reprimirme al oír que insultaban al buen calderero, por haber tenido la debilidad, según decían, de prohiarme! Mi padre, murmuraban, no tenía otro deseo que el de desprenderse de mí, que me había abandonado y que mi protector no podría jamás resarcirse de los gastos que yo le ocasionaba. Estas conversaciones las oía yo a menudo, pero nunca desconfié ni dudé de mi padre. ¿Cómo dudar de su rectitud y cariño? ¡Tú sabes cuán bueno y compasivo era!

—Nadie puede saberlo mejor que yo — repuso Luisa—. No podrá borrarse jamás de mi memoria el instante de su muerte. En medio de la noche me llamó junto a su cama... ¡y qué palabras tan conmovedoras me dijo! Me parece oír salir de sus labios moribundos las bendiciones con que nos colmaba impetrando sobre nosotros las del Cielo. Su rostro expresaba la piedad y la confianza en Dios; hubiérase dicho que no pertenecía ya a la tierra. ¡Oh, sí! ¡jamás, jamás podré olvidar aquellos momentos!

—Hace un rato, al entrar en esta capilla — dijo Conrado—, el recuerdo de nuestro padre se despertó en mí más vivo que nunca; parecíame ver

aún su rostro venerable, la palidez que le cubría y la intensa emoción con que me miraba al separarse de mí. Han transcurrido muchos años, pero no se ha borrado de mi memoria ningún detalle. Mi padre se puso en camino de madrugada y yo le acompañé hasta el pueblo más cercano. Estábamos delante de una iglesia, y me dijo: «No



pases nunca de largo si encuentras abierto el templo del Señor; entra siempre que puedas y ora con fervor.» Entramos los dos. La iglesia estaba desierta. Nuestro padre se arrodilló ante el altar y oró con mucho recogimiento y yo imité el ejemplo que me daba. Ambos llorábamos copiosamente. Al fin se levantó, y me habló en estos términos: «Conrado, hijo mío, acabo de encomendarte a Dios, lo mismo que a mi querida Luisa; os pon-

go, confiado, en sus divinas y adorables manos.» Después me exhortó a permanecer siempre fiel al Señor, a observar sus mandamientos, a amar sobre todas las cosas a su divino Hijo y a no ceder jamás a las tentaciones del espíritu maligno. «Seguramente — añadió—, los días de mi vida están contados y ésta es la última vez que nos vemos. Graba en tu corazón mis últimos consejos y piensa que eres el único sostén que le queda a tu hermana y que con ella has de partir el fruto de tu trabajo. Dime, Conrado, ¿me prometes hacerlo así?» Luego me mandó que me arrodillara, miró con fervor al Cielo y me dió su bendición. El mismo me levantó, estrechóme amorosamente contra su pecho y profirió con voz temblorosa estas palabras: «Que el Señor no te desampare jamás.» Al salir de la iglesia me miró largo rato con los ojos henchidos de lágrimas, y añadió entre sollozos: «Procura vivir de modo que algún día nos volvamos a reunir en el Cielo.» Y se alejó velozmente, desapareciendo detrás de la iglesia. ¡No volví a verle jamás ni tuve noticias suyas! Cuando entré en esta capilla solitaria volvieron a mi memoria las palabras que me dijo en aquella triste despedida y la oración fervorosa que dirigió mi padre al Cielo en aquella iglesia, también desierta, y me pareció verle todavía arrodillado al pie del altar. He llorado mucho y pedido a Dios que me concediera la dicha de saber algo de vosotros... ¡Oh, qué feliz me siento sabiendo que mi buen padre no se olvidó nunca de mí! ¡Qué felicidad saber que en el mismo instante de su muerte pensaba en mí y bendijo a sus dos hijos!

—¡Oh, padre mío, mi bondadoso padre! — exclamó la joven, llorando a lágrima viva—, ahora estás en el Cielo y tu bendición desciende visible-

mente sobre tus hijos. Sí, hermano mío, dijiste muy bien; los caminos del Señor son admirables. Los huérfanos se encuentran, al fin, al pie del altar. Dios, que lo dirige todo, ha escuchado la oración que nuestro padre le dirigió en la iglesia de aquel pueblo donde os separasteis y las que yo le he elevado desde esta capilla en que nos encontramos. Ven, pues, querido Conrado, postrémonos ante el ara sagrada y demos gracias al Cielo por haberse dignado reunirnos.

Los dos hermanos se arrodillaron y, derramando lágrimas de gozo, dieron gracias a Dios desde lo más profundo de su corazón.

—Ahora — dijo Conrado, cuando hubieron terminado su oración—, dime, Luisa, cómo ha sido que te he encontrado aquí y cómo te atreves a venir sola a este espeso bosque.

—No estamos tan solitarios como supones — repuso la jovencita—; casi nos hallamos en la linde del bosque y este camino es muy frecuentado. La capilla es mi sitio predilecto; en la primavera y el verano, cuando el cielo está despejado, venir aquí es mi mayor contento, sobre todo los domingos; los demás días de la semana también acostumbro venir, una vez terminadas mis obligaciones. El camino es muy agradable y la sombra de los árboles protege al viandante contra los ardores del sol. Una amiga mía, hija de un hombre a quien todo el mundo respeta y quiere, suele acompañarme; pero hoy se lo han impedido sus ocupaciones y por eso me has encontrado sola. No me olvido de traer este librito, que prefiero a todos los devocionarios, y casi me lo sé de memoria. En esta capilla suspiraba muchas veces por ti y suplicaba a Dios que te volviese a mi ternura, y ahora mismo acaba de concederme lo

que tanto le he pedido. Este libro, no sé cómo, lo olvidé aquí, y Dios se ha servido de este medio para darme un hermano a quien tanto he querido siempre. Ya lo ves, a este devocionario soy deudora de la dicha que experimento en este momento.

—Yo también — dijo Conrado — estaba lleno de inquietud por hallarme extraviado en este bosque, y precisamente a ello debo la alegría que me embarga. Así es como sabe Dios convertir nuestras penas en manantial de gozo puro. Pero, ¿dónde vives, mi querida hermana?

—Muy cerca de aquí, al otro lado de esa pequeña colina que se ve a la derecha, en la villa de Schenborn, donde habita la buena mujer que me adoptó. Es viuda, no tiene hijos, y su marido, que era un rico negociante, le dejó una copiosa herencia. Me quiere entrañablemente y me trata como a una hija. Vamos, vamos a darle un gran contento, pues, seguramente, se alegrará muchísimo de que te haya encontrado; yo llevaré tu morral, porque debes estar cansado. Mi madre adoptiva, a quien afligía mi pena por no saber de ti, te recibirá con los brazos abiertos.

Y se pusieron en marcha, sin consentir el joven, a pesar de su cansancio, que Luisa llevara el morral. El camino le pareció a la joven más corto, y, sin tropiezo alguno, hablando tranquilamente, llegaron a la población y a la casa de la rica viuda.

La excelente señora quedó sorprendida al ver llegar a su hija adoptiva acompañada de un mozo, pero su extrañeza trocóse en indecible contento al saber que el joven era el hermano de Luisa, por el que tanto había llorado y suplicado ésta al

Cielo ; y se admiraba más por lo extraordinario de aquel singular encuentro.

Rodeáronles una multitud de curiosos, y uno de ellos no pudo por menos de decir :

—No hay duda, es hermano de Luisa ; ¡qué asombroso parecido !

Otros, más desconfiados, sacudían la cabeza diciendo que no había que prestar ciego crédito a las palabras de un desconocido ; pero en seguida se desvanecieron todas las dudas, porque Conrado abrió su cartera y les enseñó su certificado de aprendizaje, la libreta de empadronamiento y su certificado de buena conducta firmado por el párroco del pueblo.

La buena viuda lloraba de gozo al oír el relato del modo casi milagroso como se habían encontrado los dos hermanos.

—Hasta ahora — dijo —, todo lo que hay en mi casa estaba destinado para Luisa, y suyo será si continúa siendo buena y discreta y no como esas jóvenes atolondradas que sólo piensan en agradar y emperifollarse, y tal vez en algo peor. Pero también quiero hacer algo por ti, mi querido Conrado. Al darme Dios las riquezas me impuso el deber de hacer buen uso de ellas procurando la felicidad de mis semejantes. Hace algunos meses murió el calderero que teníamos en la villa, y su casa y su taller están en venta ; los compraré para ti, y veremos si sabes portarte como es debido.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas en presencia de varias personas, y al poco rato algunos parientes de la viuda, que ambicionaban sus bienes, vinieron a hacerle la corte con objeto de hacerla desistir de sus propósitos ; pero todo fué en vano. Gracias a su bienhechora, Conrado llegó a ser en poco tiempo uno de los artesanos más que-

ridos y considerados en toda la comarca, y a mejorar su situación contribuyó su casamiento con una joven de familia acomodada. Luisa se casó también con un muchacho honrado y rico, y encontró en esta unión la felicidad a que le hacían acreedora sus virtudes.

Conrado no olvidó al maestro que le había acogido en su casa y enseñado su oficio. No se contentó con escribirle cartas rebosantes de agradecimiento, sino que, sabedor de que el buen hombre, debilitado por los años, no estaba ya en condiciones de trabajar, que había muerto su esposa, que vivía solo y sin los cuidados que exigía su vejez, y se hallaba en la mayor miseria por haber perdido, a causa de la guerra, lo poco que poseía, sin consultar más que a su corazón, se puso inmediatamente en camino. Llevó a su casa al viejo calderero, y le trató con tanto amor, respeto y deferencias como a un padre.

Luisa, por su parte, portóse como verdadera hija respecto a su madre adoptiva, y los dos ancianos se complacían en decir con frecuencia :

«El Señor no quiso darnos hijos, pero, los que hemos adoptado, nos hacen tan felices como si por sus venas corriera nuestra sangre. Sería imposible que nos pudieran tratar con más respeto y consideración, y que nos procuraran mayores y más puros goces.

Conrado y su hermana hicieron restaurar por su cuenta la capilla, plantando cuatro tilos sobre la colina en que estaba edificada, mandaron retocar el antiguo retablo, que era una verdadera obra de arte, pero cuyos colores estaban desvaídos por la acción del tiempo. Un hábil pintor, que supo conocer su mérito, se encargó de restaurarlo, y,

desde entonces, fué la admiración de los inteligentes y de cuantos lo contemplaban.

La capilla se hizo famosa por su impecable blancura, y la vista se recreaba en los tilos que le daban sombra. El altar tenía la brillantez del mármol y sus adornos eran ricos, aunque sencillos. Pero nada atraía tanto la atención como el retablo: la frescura del colorido y la pureza de los perfiles causaban en el alma una dulcísima impresión.

Representaba a la Sagrada Familia. La Virgen María, sentada a la entrada de una cabaña, tenía en sus brazos al divino Niño a quien San José ofrecía un canastillo lleno de apetitosos frutos. Los dos fijaban sus ojos radiantes de ternura en Jesús, y el adorable Hijo, con sus manecitas juntas, miraba atenta y devotamente al Cielo.

Al pie del retablo se leían estas palabras, escritas en letras de oro:

«Los elementos de nuestra felicidad son el trabajo, la piedad y el amor.»

FIN



# BIBLIOTECA SELECTA

Los volúmenes de esta biblioteca, magníficamente ilustrados con numerosas ilustraciones en negro y cuatro cromotipias, pueden distribuirse como premios en los colegios de niños, tanto por su baturatura, por el lujo de la impresión, belleza de los grabados en negro y en colores y la bonita encuadernación, como por lo sano e instructivo de su lectura.

## VOLÚMENES PUBLICADOS

1. El molino de los Pajaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen (tomo 1.º).
11. Cuentos de Andersen (tomo 2.º).
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La pícara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Angel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloque.
39. Una ciudad flotante (primera parte).
40. Una ciudad flotante (segunda parte).
41. Miguel Strogoff (1.ª parte).
42. Miguel Strogoff (2.ª parte).
43. Las Indias negras (1.ª parte).
44. Las Indias negras (2.ª parte).
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La paloma.